

**BRUGUE
RA**

BOLSILIBROS

POLICIACO

EL AS NEGRO DE LA MUERTE

Clark Carrados



CLARK CARRADOS

El as negro de la muerte

Colección PUNTO ROJO nº 1133. Bruguera – ene/1984

CAPÍTULO PRIMERO

Despertó sintiendo un espantoso dolor de cabeza y en la boca una sequedad semejante a la de un hombre perdido en el desierto durante semanas enteras y sin agua. La cabeza le daba vueltas y, durante un buen rato, se esforzó en procurar que el barco en que se hallaba consiguiera salir de la tempestad.

Pero no había tal barco, ni menos una tempestad. Al cabo de unos minutos, consiguió abrir los ojos y entonces se dio cuenta de que estaba en un cuartucho infecto, con paredes de madera cubiertas de papel floreado, aunque éste faltaba en muchas partes.

El cuarto estaba pobremente amueblado y se preguntó cómo había podido llegar hasta allí. Al fondo, vio un anticuado lavabo, sobre el que había una jarra desconchada. Deseó que tuviera agua.

Al intentar levantarse, sintió vértigos y mareos, por lo que decidió permanecer un rato más en el lecho. La consciencia de los actos realizados la víspera empezó a volver poco a poco a su mente.

Se había emborrachado miserablemente y se juró a sí mismo no reincidir. Una copa, de vez en cuando, alegraba el espíritu y estimulaba el cuerpo. Pero cuando se pasaba de determinados límites, el alcohol producía resultados desastrosos.

No obstante, reconoció que tenía motivos para beber en demasía, aunque tampoco lo estimó una exculpación total.

Se había pasado de la raya y debía atenerse a las consecuencias.

La pelea con su tío, una violentísima discusión, el abandono del salón de sesiones de la directiva de la empresa... luego un recorrido por algunos bares, hasta que se encontró con aquella estrepitosa rubia que...

De pronto, se dio cuenta de que todavía estaba vestido. Tanteó sus ropas y emitió un gruñido de descontento al darse cuenta de que le habían dejado los bolsillos completamente limpios.

Alzó la muñeca izquierda. Faltaba el valioso reloj que su tío le regalase al cumplir los veinte años. Tampoco tenía ya el encendedor de oro, con sus iniciales en rubíes. Había salido de casa con unos mil dólares en billetes y asimismo se habían evaporado.

Sin embargo, conservaba la billetera con la documentación.

—Menos mal —se dijo, filosóficamente resignado al despojo, del que él solamente tenía la culpa. Debió de haberlo pensado antes de decidirse a aceptar la invitación de la rubia a tomar una copa en su apartamento... pero la cosa ya no tenía remedio y era preciso atenerse a las consecuencias

Lo que no pensaba hacer era volver al lugar del que había salido la víspera. En aquellos momentos, había tomado una decisión y no retrocedería jamás. Era joven, con una salud de hierro, emprendedor y

sabría salir adelante.

Había transcurrido ya un buen rato y se sentía mucho mejor. Entonces, empezó a pensar en la mejor forma de abandonar aquel antro. Pero entonces, oyó voces en las inmediaciones.

Alguien hablaba en alguna parte, muy cerca del lugar en que se encontraba. Tardó algunos segundos en saber al punto de origen de aquellas voces. Sonaban al otro lado de la pared, junto a la cual se hallaba la cama, un vulgar tabique de tablas, mal cubierto por un horrendo papel de flores que, sin embargo, tenía la ventaja de no herir la vista, debido a que el tiempo había descolorido los dibujos.

Un puño golpeó con violencia la mesa.

—¡Esto no puede seguir así! —bramó un hombre—. ¡O acabamos con él o él acabará con nosotros! Y si no se toma una decisión en este mismo momento, yo me largo y ahí acaba mi relación con la sociedad. «Algo parecido dije yo ayer», pensó el joven, sonriendo interiormente, un tipo con agallas, no cabía duda.

—He pensado mucho en el asunto —dijo otro, con voz serena y calmada—. Y estoy de acuerdo contigo, Peter Mankton.

—El problema no es acabar con él —intervino un tercer sujeto—, sino en saber quién lo va a hacer.

—Podemos encargarlo a alguien de confianza. Yo conozco a un tipo que no falla jamás...

—¡No! —cortó otro—. En este asunto, no podemos confiar en nadie que no seamos nosotros mismos. Ningún tipo ajeno al grupo debe tomar parte en algo que nos compete exclusivamente.

—Muy bien, de acuerdo. Hay que hacerlo y no pregunto cómo, sino quién. ¿Cuál de nosotros se encargará de «apiolar» al tipo?

El joven se estremeció.

¿Hablaban de asesinar a alguien?

—Yo tengo la solución —dijo el hombre de la voz serena—. He traído conmigo una baraja. Empezaremos a sacar cartas y el que levante el as de «pique», ése será el encargado de liquidarlo.

—No es mala idea —aprobó uno.

—Supongo que el «perdedor» —dijo otro irónicamente—, tendrá plena libertad para elegir el método.

—Podrá elegir a su gusto no sólo el método, sino el lugar y la fecha, aunque deberá hacerlo en el plazo más breve. Pero no podrá fallar. Todos sabemos bien cómo actúa el traidor, así que no resultará difícil tenderle una buena trampa, para conseguir luego una retirada cómoda y discreta.

—Estoy de acuerdo contigo —manifestó uno de los asistentes a aquella extraña reunión, en la que se debatía la vida de un semejante—. ¿Cuándo empezamos?

—Ahora mismo —dijo el hombre de la voz serena—. Voy a barajar los

naipes y...

Entonces, el joven, movido por una curiosidad irrefrenable, abandonó la cama y se acercó al tabique. Había una rendija entre dos tablas, pero era muy estrecha y apenas si pudo divisar en parte el rostro de un individuo, aunque sí pudo apreciar que estaba cubierto de los huecos clásicos dejados por la viruela.

Era al único a quien podía ver y no del todo. El joven dudó acerca de lo que debía hacer. ¿Llamar a la policía?

Aburrido. ¿Quién iba a creer en una fantástica historia, que juzgarían producto de la pesadilla de un borracho?

Lo más conveniente era largarse de allí cuanto antes, pero lo peor de todo era que no sabía siquiera dónde se hallaba. En este sentido, su amnesia era total.

En la otra estancia reinaba un silencio absoluto. Súbitamente, alguien lanzó una exclamación:

—¡Me ha tocado el as de «pique»!

—Exacto —dijo el hombre de la voz serena—. Tú, Floyd Unger, eres el encargado de liquidar a Bill Ransome.

El joven oyó aquellas palabras y se quedó helado, porque el sujeto que parecía no sólo presidir, sino dirigir la reunión, había pronunciado el nombre que le habían impuesto desde su nacimiento.

—Es decir, quieren asesinar a mí —dijo aterrado.

* * *

Durante unos segundos, Ransome no supo qué hacer. No conocía para nada a ninguno de aquellos sujetos, aunque sí se dio cuenta de que tal vez tenían motivos contra él, no por lo que hubiera podido hacer personalmente, sino por las cosas que había hecho otra persona, a la que sí conocía poco menos que a la perfección. Pero no era hora de quedarse allí, haciendo reflexiones sobre un futuro nada prometedor.

Había llegado el momento de marcharse. Al girar, tropezó con una silla y la empujó con demasiada fuerza.

Al caer, la silla golpeó el viejo lavabo y la derribó con tremendo estrépito. En la otra habitación, sonaron instantáneamente gritos de furor:

—¡Nos están escuchando!

—¡Hay alguien al otro lado del tabique!

Ransome se dijo que había llegado el instante de poner pies en polvorosa. Apenas se había lanzado hacia la puerta, oyó una orden aterradora:

—¡Hugo, alcanza al espía! ¡No le dejes marchar!

Ransome alcanzó la puerta y la abrió. En el mismo instante, oyó un estruendo aterrador.

Volvió la cabeza un segundo. Un hombre, no muy alto quizá, pero

terriblemente fornido, dotado de una fuerza descomunal, había arremetido contra el tabique, haciéndolo saltar en mil astillas. Las tablas, sin embargo, habían resultado menos débiles de lo que aparentaban y el sujeto quedó a gatas en el suelo, momentáneamente aturdido.

Ransome no quiso seguir viendo más. Abrió la puerta y se tiró prácticamente por las escaleras que comenzaban a cuatro pasos. Detrás de él, sonaban voces enfurecidas.

En cuatro zancadas, llegó a la planta baja. Entonces, vio que estaba en un corredor, con sendas puertas en sus extremos.

Durante un corto período de tiempo, vaciló en la dirección que debía tomar, porque no recordaba en absoluto haber pasado por allí. Arriba continuaban oyéndose los gritos de furor.

De pronto, vio entreabierta una de las puertas. El rompedor de tabiques lanzó una gruesa interjección:

—No os apuréis, yo lo alcanzaré...

Ransome corrió hacia la puerta entreabierta. Terminó de abrir y salió a la calle.

Nunca había estado en aquellos parajes y no sabía cómo orientarse. Súbitamente, vio un coche a pocos pasos de distancia.

Había una joven al volante y estaba dando el contacto para arrancar. Ransome ya no se lo pensó más; alcanzó el coche, abrió la portezuela de la derecha y se sentó junto a la conductora, justo en el instante en que ella pisaba el acelerador.

—Oiga, pero ¿qué intenta...? —protestó ella.

—Me persiguen. Quieren matarme —jadeó Ransome.

La conductora había arrancado ya y el coche adquiría velocidad con gran rapidez. Ransome se percató de que ella quería darse prisa en alejarse de aquellos parajes.

Durante unos momentos, la mujer pareció concentrarse en el manejo del volante. Estaban en una calle bastante ancha, en la que no había otra cosa que depósitos y almacenes, pero a Ransome le dio la sensación de que era un barrio comercial en desuso, ya que no se veía actividad alguna ni mucho menos camiones o furgonetas en espera de carga o para dejarla. Realmente, no había estado nunca en aquella parte de la ciudad y se sentía notablemente desconcertado.

El coche llegó en escasos segundos a la salida de la calle. Bruscamente, otro vehículo apareció enfrente, cerrándoles el paso.

Ransome cerró los ojos, temiendo el impacto. Pero ella, en una maniobra magistral, supo eludir la colisión, con un ceñido viraje, mientras que el otro coche viraba asimismo agudamente, derrapando luego sobre las ruedas traseras, para chocar con la parte trasera con la esquina de un viejo almacén abandonado.

—¡El paso está libre! —gritó la conductora alegremente.

En un par de minutos alcanzaron una carretera de poco tráfico, por la que la mujer se lanzó a una velocidad que puso los pelos de punta a Ransome.

Sin embargo, no se quejó. La muerte por accidente en aquel automóvil era problemática, mientras que, si se quedaba en los parajes que acababa de abandonar, no viviría diez minutos más.

CAPÍTULO II

Un tanto más calmado, Ransome se recostó en el asiento, mientras contemplaba furtivamente a la conductora que, apreció, era muy joven, unos veintidós años a lo sumo. Ella tenía el pelo negro, corto, y su rostro era gracioso, más atractivo aún que si hubiera sido de una belleza clásica. Le pareció de buena estatura, con una silueta muy agradable de mirar y unas piernas preciosas. La falda era corta y podía ver unas rodillas perfectas y buena parte de los muslos que, supuso, estaban recubiertos por un «complet» de seda color carne.

—¿Ya me has mirado bastante? —dijo ella de pronto.

Ransome se sobresaltó.

—Perdone, no me había dado cuenta...

—Estás en un apuro, ¿eh?

—Quieren matarme, ya lo dije antes.

—Casi estamos igual —rió la chica—. Incidentalmente, me llamo Florrie Turple. ¿Y tú?

—Ransome, Bill Ransome. Encantado de conocerla y gracias por su ayuda, señorita Turple.

—No seas anciano y deja los tratamientos a un lado, Bill. ¿Por qué quieren matarte?

—Ahí está lo absurdo del caso, que no lo sé. Nunca he visto a los tipos que se sortearon mi muerte ni tengo tampoco enemigos que me quieran tan mal como para enviarme al otro mundo. Francamente, Florrie, no lo entiendo en absoluto.

—Sí que es extraño —comentó ella—. Cuéntame, ¿qué te ha pasado?

Ransome explicó sucintamente lo ocurrido, aunque se abstuvo de mencionar las causas que le habían llevado a aquel cuartucho. Florrie le miró un segundo, extrañada, y luego volvió la vista a la carretera.

—De modo que se sortearon tu pellejo —dijo al cabo.

—Ya lo has oído. Un tal Floyd Unger sacó el as de «pique» y ése es el tipo que me va a «apiolar».

—Nunca había oído un caso semejante —declaró la muchacha—. Pero no ofreces el aspecto de un hombre adinerado precisamente; por tanto, si quieren liquidarte, debe de ser por algo más importante que el dinero.

—Eso es lo que me gustaría saber... Mejor dicho, no tengo ningún interés en averiguarlo. En cuanto me sea posible, me largo del país y me iré a... al Tíbet.

—¿Vas a hacerte lama tibetano? —rió ella. De pronto, al mirar por el retrovisor, se puso seria y lanzó una interjección—. ¡Hijos de...! ¡No han perdido mi pista y me vienen siguiendo otra vez! —exclamó.

Sobresaltado, Ransome se volvió y divisó un enorme coche negro, que se les acercaba lenta pero inexorablemente. Florrie pisó el acelerador

a fondo, pero el automóvil parecía haber alcanzado ya el máximo de potencia y no parecía probable que pudiera eludir la persecución de que era objeto.

—La culpa es mía —dijo ella, entre dientes—. Tenía que haber revisado el motor, pero, por pereza, lo iba dejando de un día para otro... Apostaría algo a que tengo una bujía sucia, si no son dos...

El coche, a pesar de todo, marchaba a ciento sesenta por hora. Ransome apreció que el cuentakilómetros marcaba doscientos veinte de máxima, pero saltaba a la vista que el motor no funcionaba como debiera y a Florrie le era imposible alcanzar dicha cifra.

La carretera iniciaba en aquellos lugares una pendiente en ascenso, con amplias curvas, que permitían salvar una cadena de largas y redondeadas colinas, casi estériles y cubiertas en parte por arbustos y matorrales de tipo desértico. Conduciendo con absoluta pericia, pese a la falla del motor, Florrie acometió la pendiente, sin dejar de vigilar al coche perseguidor.

—Voy a dar a esos granujas una lección que no olvidarán en su vida —dijo entre dientes.

Deliberadamente, cedió algo en velocidad. Ransome se volvió de nuevo y apreció la proximidad del coche negro.

—Tú también tienes problemas, ¿eh?

—Sí, pero eso no es cosa tuya. Además, surgieron de forma involuntaria, de modo que no tengo la culpa de lo que me está pasando. Pero tampoco me gusta que nadie me atropelle, sobre todo, cuando tengo toda la razón del mundo.

—La razón, ¿en qué, Florrie?

—No hagas más preguntas —contestó ella ásperamente—. Déjame conducir, ¿quieres?

Ransome se encogió en el asiento. El coche tomó la primera curva a una velocidad suicida, haciendo chillar los neumáticos. Luego venía un tramo recto de unos trescientos metros y seguía una curva, cuyo lado derecho daba a un terraplén de más de sesenta metros de profundidad, aunque de pendiente suave.

—Prepárate, Bill —dijo ella súbitamente—, ¡Agárrate bien, porque viene el número fuerte de la función!

Ransome no había sido nunca un hombre especialmente devoto, pero, en aquel momento, hizo algo que no hacía desde mucho tiempo: el signo de la Cruz. En el mismo instante, Florrie aplicó bruscamente los frenos.

El vehículo coleó con violencia, pero ella supo dominarlo con habilidad que dejó al joven pasmado. Nubes de polvo se elevaron cuando las ruedas entraron en el arcén. A Ransome se le erizó el vello al ver el borde del talud, justo en el costado derecho del automóvil.

Entonces, el otro vehículo pasó por su izquierda como una exhalación.

En vano su conductor trató de frenar, pero era ya tarde.

Lanzado como un proyectil, el coche saltó fuera de la carretera e inició un enloquecido descenso por el terraplén, en medio de una espantosa polvareda. Florrie había conseguido ya detener su coche y corrió hacia el borde de la carretera, para ver el final de la acción.

El automóvil negro se detuvo al fin, milagrosamente, sobre sus cuatro ruedas, a unos setenta metros de distancia. Dos hombres salieron de él y se echaron inmediatamente al suelo, como si no quisieran creer que aún estaban vivos.

La chica lanzó una alegre carcajada.

—¡Estúpidos! Creísteis que podíais vencerme, ¿eh? Eso os servirá de lección para que me dejéis en paz para siempre, imbéciles.

Giró sobre sus talones, regresó al coche, dispuesta a emprender el camino de vuelta a la ciudad y, entonces se dio cuenta de que el asiento de la derecha estaba vacío.

—¡Bill! —llamó—. ¿Dónde diablos te has metido?

De pronto, sonrió.

—Pobre, se habrá mareado y estará devolviendo el desayuno...

Pero Ransome no apareció, pese a los gritos que daba para que volviese. Al fin, con un encogimiento de hombros, Florrie arrancó de nuevo, viró en redondo y se lanzó a todo gas hacia la ciudad.

Un minuto más tarde, Ransome, cubierto de polvo de los pies a la cabeza, asomó con grandes precauciones por el borde opuesto del camino. Había allí una atarjea para aliviadero de las aguas en época de lluvias y se había escondido cuando Florrie se apeó para ver qué le había sucedido al otro coche.

Maquinalmente, se limpió el polvo de las ropas. La sirena de un pesado camión de transporte sonó a unos metros y levantó la mano, haciéndole señas de que parase.

Mientras regresaba a la ciudad, pensó en lo que le había ocurrido y en las causas de que alguien hubiera decidido realizar un sorteo, a fin de designar al hombre que debía asesinarle. No comprendía nada de lo ocurrido, pero, en aquel instante, tomó la decisión de no dejarse matar como un cordero.

—No quise serlo con mi tío y voy a dejarme matar por esos bastardos, a quienes ni siquiera conozco...

Desconocía por completo a aquellos sujetos, pero, de pronto, se le ocurrió que tal vez había alguien que podía proporcionarle informes sobre el particular.

Si no sabía cómo había llegado a la habitación en que había terminado de pasar la noche, al menos sí recordaba perfectamente el lugar donde había encontrado a la rubia que le había despojado de su dinero y objetos de valor.

Y también recordaba su nombre. O, al menos, el que ella le había

dado al conocerse.

—Espérame, Molly Brent —dijo entre dientes.

Alguien pronunciaba también el mismo nombre en aquellos instantes. El hombre de la voz serena dijo:

—Molly Brent suele traer cierta clase de clientes a ese cuarto, cuando ve que puede sacarles algo más de la tarifa corriente. Les da una pastilla mezclada con la bebida, y cuando se despierta, tienen los bolsillos «limpios».

—Eso quiere decir que hemos de buscarla —manifestó Floyd Unger.

—Tú, no; a ti te ha correspondido liquidar a Ransome y tienes que hacerlo cuanto antes. Hugo, ¿podrás encargarte de Molly?

El hércules, en cuya frente se apreciaba la tira blanca de un trozo de tafetán adhesivo, sacó el pecho orgullosamente.

—Eso es cosa hecha, jefe —contestó.

* * *

Ransome llegó a su apartamento y lo primero que hizo fue darse un buen baño, con el que se quitó la suciedad acumulada durante las últimas horas. Al terminar, se sintió infinitamente relajado y dándose cuenta de cierta debilidad, comió algo y después se tendió un rato en la cama.

Cuando despertó, empezaba a anochecer. Se vistió y, en el momento de salir, recordó algo.

Maldijo entre dientes. Todo lo que pudo encontrar en el apartamento fueron una docena de dólares, olvidados en otra chaqueta. Bueno, al día siguiente iría al Banco...

Cuando se disponía a salir, vio algunas cartas sobre la consola de entrada. Sin duda, las había dejado allí la mujer que limpiaba el apartamento. Había una de su banco y, al abrirla, se llevó una desagradable sorpresa.

Su cuenta estaba a cero.

Durante unos momentos permaneció inmóvil, con la carta en la mano. Respiró profundamente.

—Ah, tío Norton, me has hecho una sucia jugada, pero si crees que eso me va a hacer volver al redil...

Arrugó la carta, la tiró a un lado y salió resueltamente de la casa. Sabía cómo conseguir dinero, pero lo haría después de haber hablado con Molly Brent.

Media hora más tarde se encontraba en las inmediaciones de una poco atractiva taberna, cuyo título era aún menos atractivo: La Rana Loca. El dueño sí debía estar loco, se dijo.

En aquel instante vio a una mujer que salía del local, colgada del brazo de un hombre.

Inmediatamente, la reconoció y una oleada de cólera invadió su

pecho.

—¡Molly! —rugió.

La rubia se volvió. Al verle, soltó a su cliente y echó a correr.

Ransome se lanzó en persecución de Molly. El acompañante trató de impedirle el paso, pero él lo apartó de un tremendo empujón y continuó detrás de la rubia.

El sujeto emitió una obscena imprecación y echó a correr detrás de Ransome. Éste daba ya alcance a la rubia, cuando, de pronto, dos hombres surgieron ante ella, cerrándole el paso.

Molly los esquivó, agachándose y pasando entre ellos como una exhalación. Hugo Vyle emitió un sonoro juramento.

Ransome reconoció al hércules que había roto el tabique a cabezazos y se ladeó velozmente para eludirlo. El hombre que le seguía no pudo conseguirlo y chocó con el acompañante de Vyle. Los dos cayeron al suelo, en confuso montón, en tanto que Vyle, que había recibido parte del impacto, vacilaba aparatosamente, tratando de recobrar el equilibrio.

Hubo una corta pelea y, al fin, el cliente de Molly se puso en pie el primero. Sacó un revólver y la emprendió a tiros contra el acompañante del hércules. Hugo vio la cosa mal parada y huyó a la mayor velocidad que podía imprimir a sus piernas, mientras el tipo del revólver hacía lo propio en sentido opuesto.

Un hombre quedó tendido sobre la acera, desangrándose, aunque ya no lo notaba. Ransome oyó los tiros a sus espaldas y ello le hizo apretar más el paso, hasta que, al fin, consiguió alcanzar a Molly, acorralándola contra un portal sumido en la oscuridad.

—Suéltame, suéltame —jadeó ella—. Te devolveré lo que me llevé anoche...

—Escúchame, Molly, eso me importa poco ahora —dijo Ransome—, No es que me sienta especialmente feliz por lo que me quitaste, pero comparado con lo que quieren hacerme otros, es una fruslería sin importancia.

Ella le miró, atónita.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Verás, Molly... Yo, anoche, me sentía muy desgraciado... Bueno, más que desgraciado, furioso por algo que... ¡Rayos, eso no interesa ahora! Lo único que quiero saber es la identidad de los tipos que quieren asesinar-me.

—¿Asesinarte? —se asombró ella—. Pero ¿por qué?

—¡Y yo qué diablos sé! Tratan de matarme, eso es todo.

—¿Lo sabes seguro, Bill?

—Ah, conoces mi nombre, ¿verdad? Seguramente examinaste mi documentación cuando «limpiaste» mi billetera. Bueno, eso no me preocupa ahora. Pero lo hiciste en un sitio muy raro. El cuarto tiene

tabiques de madera, muy viejos y, cuando desperté, oí a unos tipos hablando de mí y sorteando cuál de ellos iba a tener el dudoso honor de enviarme al otro mundo.

—No puedo creerlo, Bill. Es demasiado fantástico...

—Ah, conque fantástico, ¿eh? Entonces, ¿por qué crees que el forzudo y su amigo intentaron atraparte? El primero rompió el tabique a cabezazos, cuando se dieron cuenta de que yo lo había escuchado todo. Pienso que no sabían quién lo oyó y que me están buscando, para taparme la boca, sin saber que soy la presa que desean conseguir. Ahora bien, como ignoran esta circunstancia, te buscan a ti, porque se supone que sabes quién es el tipo al que llevaste a aquel cuartucho. ¿Lo entiendes ahora, Molly?

La rubia pareció sentirse muy impresionada por los argumentos que le exponía Ransome.

—Puede que tengas razón —admitió al fin—. Ignoro por qué quieren matarte; eso debes de saberlo tú mejor que nadie. Pero, en tu lugar, si yo supiera que esos tipos quieren liquidarme, haría dos cosas.

—¿Sí? —preguntó el joven, esperanzado.

—Una: comprar la sepultura. Otra, marcharme al Polo Norte. Dicen que está menos transitado que el Polo Sur...

Ransome se enfureció.

—Molly, no estoy ahora para ironías. Es mi pellejo el que está en juego —bramó.

—Y el mío también —replicó ella—. Después de lo que me has contado, no cabe la menor duda de que Jackson Kelty tendrá ganas de charlar conmigo y no precisamente en plan amistoso. Creo que me largaré una temporada de la ciudad...

—¿Quién es Jackson Kelty?

—Un tipo de lo peorcito que existe, Bill. Se dedica a toda clase de negocios, desde la droga al asesinato, y lo hace muy bien, porque, hasta ahora, no han conseguido «enchironarle». Aunque es el jefe de la banda, también los otros toman decisiones y él no se atreve nunca a hacer algo importante, sin consultarlo con los demás.

—¡Por todos los diablos! —juró Ransome—. ¡Pero si yo no había oído hablar en mi vida de Kelty ni le he visto jamás! ¿Qué puede tener ese hombre contra mí?

—Eso es ya cosa tuya, si es que tienes interés en saberlo —respondió Molly, a la vez que abría el bolso—. Toma, te devuelvo el reloj y el encendedor... No he tenido tiempo de venderlos... En cuanto al dinero, te lo pagaré poco a poco...

—Puedes quedártelo —gruñó él—. Sé dónde conseguir más, no te preocupes. Y gracias por todo, Molly. Ah, una cosa, he oído tiros cuando corría detrás de ti...

—Ése debía ser Pat Muroon. Tiene muy malas pulgas. Seguro que se

ha cargado a uno de los «chicos» de Keltly.

—Vaya un pájaro de cuenta. Bueno, ya he terminado. Dispensa el susto, pero sólo quería saber quiénes desean mi muerte. Buena suerte, Molly.

—Falta nos hará a los dos —suspiró la rubia.

CAPÍTULO III

Ransome sabía dónde y cómo conseguir dinero, y se aprestó a hacerlo. A la medianoche, se hallaba en cierto despacho, amueblado con singular lujo, junto a una caja fuerte empotrada en la pared, hasta entonces oculta por un cuadro, que había hecho girar a un lado.

Mientras hacía girar ¡a rueda de la combinación, Ransome sonreía para sí.

—Mañana, cuando despiertes, viejo buitres, te llevarás una buena sorpresa...

Al fin, oyó el chasquido que anunciaba la apertura de la caja. En el mismo instante, sonó una voz a sus espaldas:

—Vuélvase, amigo —dijo alguien—. Tengo ganas de ver su cara, antes de enviarle al otro mundo.

Ransome emitió un largo suspiro.

—Guarda la artillería, tío Norton —dijo.

—¡Bill! —exclamó el otro, sorprendido—, ¿Qué demonios haces aquí? El joven se volvió.

—Tío Norton, me has hecho una sucia jugada, dejando mi cuenta en blanco, y eso no te lo perdonaré jamás. Te estoy infinitamente agradecido por cuanto has hecho por mí en el pasado, pero eso no significa que deba convertirme en tu esclavo, ¿me entiendes?

Norton Cawnbore se enfureció.

—Te había dado el mejor puesto de que puedo disponer en la actualidad, y no lo hice solamente porque fueras mi sobrino y ahijado, sino porque sé que vales para ello. Pero no, tú te empeñaste en tomar decisiones por tu cuenta...

—Entonces, ¿por qué me nombraste presidente y director de la empresa? —contestó el joven malhumoradamente—. Si lo hacías para disponer de un títere de cuyos hilos tirar a tu antojo, estás muy equivocado. Al concederme ese cargo, me diste también plena responsabilidad de mis actos. ¿O no era así, tío Norton?

—Lo que pretendías hacer era una locura...

—Era lo más sensato, positivo y productivo en estos momentos, sólo que tú no lo quisiste ver. Estás aferrado a sistemas antiguos, que ya resultan inadecuados en esta época y, lo que es aún peor, no lo quieres reconocer.

—Yo sé lo que se debe hacer en determinadas circunstancias, y tú lo ignoras por completo, Bill —protestó Cawnbore.

—No, no es eso solamente. Tú quieres ejecutivos dóciles, que hagan cuanto les ordenes, sin rechistar ni formular la menor crítica a tus decisiones. En suma, quieres un rebaño de borregos.

El rostro de Cawnbore, hombre maduro, pero todavía de buen aspecto, se congestionó.

—Bill, no sabes lo que te estás diciendo. Cuando te hice aquella pregunta y me contestaste de una forma tan grosera...

—La única apropiada en aquel momento. Y, además, me levanté y abandoné la sala de juntas, a la que no pienso volver en los días de mi vida. Por eso dejaste a cero mi cuenta bancaria... porque puedes hacerlo, ya que eres prácticamente el dueño del banco. Pero aquí, en casa, tienes siempre dinero y pienso llevarme lo que es legítimamente mío. Ahora, si te sientes capaz de apretar el gatillo de ese revólver, hazlo. Adelante, tío, ¿a qué esperas?

Cawnbore soltó una maldición.

—Bill, por todos los diablos... Si tú quisieras...

—Es tarde ya, tío. Repito: nunca olvidaré lo que has hecho por mí, pero de ahora en adelante mi futuro es mío y tú no tienes en él ninguna intervención. Si un día me invitas a cenar en esta casa, vendré con mucho gusto, pero nada más. Entiéndelo bien y trata de meterte esta idea en la cabeza, porque, hagas lo que hagas, no pienso cambiar de opinión.

Sobrevino una pausa de silencio. Con toda tranquilidad, Ransome extrajo varios fajos de billetes. Contó una determinada cantidad, separó el resto, que volvió a la caja fuerte, y luego cerró de un manotazo, sin que su tío formulase la menor objeción.

—Mañana llevaré este dinero a otro banco —anunció fríamente.

Cawnbore parecía muy alterado. A Ransome casi le dio pena, pero había tomado una decisión y no pensaba apartarse del camino trazado.

Durante unos segundos, los dos hombres permanecieron callados. De repente, Ransome observó un ligerísimo movimiento en las cortinas que cubrían el hueco de una de las ventanas del despacho.

Con el ceño fruncido, recordó un instante la forma en que él había entrado en la casa, sin necesidad de forzar ninguna puerta ni ventana. Simplemente, aún guardaba las llaves y le había resultado muy sencillo volver a un lugar al que no pensaba regresar de una forma permanente. Había alguien más en el despacho y era preciso sorprender al intruso.

—Bueno —dijo en tono chancero—, con toda esta charla, se me ha secado el gaznate. ¿Quieres que tomemos una copa, tío?

Cawnbore emitió un bufido. Sin hacer caso de su expresión de cólera, el joven se acercó a la mesa de despacho. Luego, de pronto, se lanzó contra la cortina y juntó los brazos para sujetar al hombre que se hallaba oculto bajo el terciopelo.

—Será mejor que no se mueva, amigo. Hay un revólver en esta habitación y puede encontrarse con un par de agujeros en el cuerpo si no hace lo que se le ordene.

Cawnbore emitió una interjección de sorpresa. Al otro lado de la

cortina, sonó un grito sofocado:

—¡Suéltame! Saldré con las manos en alto y le prometo no hacer ningún gesto hostil..., pero déjame ya, hombre. ¡Me estás sofocando!

Ransome, terriblemente desconcertado, aflojó la presión de sus brazos y se echó a un lado. La cortina se apartó bruscamente y Florrie Turple apareció, atusándose el revuelto cabello con una mano, mientras que con la otra aferraba la correa de la que pendía un bolso de piel bastante grande. En el mismo instante, Cawnbore lanzó un agudo chillido:

—¡Es la chica de Turple, el ejecutivo traidor!

* * *

Ransome se desconcertó al oír aquellas palabras.

—Turple... —repitió—. Nunca he oído hablar de ese hombre... ¿Qué dices tú, Florrie? —se volvió hacia la muchacha.

Ella levantó la barbilla orgullosamente.

—Mi padre no es ningún traidor —replicó con viveza—. Simplemente, trata de recuperar lo que usted le robó a mansalva. Aunque —añadió sarcásticamente—, debo reconocer que en aquel momento, no tenía ningún revólver a mano, como ahora.

—Tío, ¿qué le robaste al padre de Florrie? —preguntó Ransome.

—¡Yo no le robé nada! —protestó Cawnbore a voz en cuello—. Era mío y yo... Pero, si no has oído hablar nunca de Turple, ¿de qué demonios conoces a su hija?

—Eso no importa ahora, tío...

—Lo llevé esta mañana en mi coche un buen rato —contestó Florrie de buen humor—. Por lo visto, se espantó de mi forma de conducir y decidió desaparecer. Pero puedo asegurarte, Bill, que nunca habría imaginado encontrarte en esta cueva de ladrones. Mejor dicho, de un solo ladrón.

—¡Señorita, yo no he robado a nadie! —vociferó Cawnbore—. Simplemente, sucede que usted sí se llevó algo que me pertenece con toda legalidad...

—Eso es absolutamente incierto. Y, por si fuera poco, envió a sus sabuesos a que me quitaran lo que yo había recuperado porque nos pertenece a mi padre y a mí, ¿me ha oído, viejo buitre?

—¿Ha dicho sabuesos! —exclamó Cawnbore—. Yo sólo encargué a un detective...

—Eran dos, tío —puntualizó Ransome.

—Pero les di una buena lección —exclamó Florrie, muy satisfecha—. La reparación del coche les va a costar más de lo que usted les paga, señor ladrón.

—¡Y dale! —rezongó el dueño de la casa—. Repito que yo no...

Ransome se situó entre su tío y la muchacha, a la vez que extendía las

manos.

—Vamos a ver si nos entendemos. Tío, tú dices ser el propietario de algo que Florrie asegura pertenece a su padre. Puede ser que ella diga la verdad, y no me extrañaría en absoluto, conociendo algunos de tus métodos; pero, en todo caso, ahora estás en tu propiedad y ella se encuentra en casa ajena y sin permiso del dueño. Florrie, ¿qué buscabas aquí?

—Nos falta todavía un documento. No he podido localizarlo y supuse que lo tendría en su caja fuerte —explicó la chica.

—Y pretendías forzarla... ¿Acaso conoces la combinación?

—No, pero mi padre me dijo que era poco menos que una lata de sardinas —respondió ella despectivamente, a la vez que palmeaba el bolso que pendía de su hombro—. Traje aquí herramientas, con las que pensaba...

—No se llevará nada de mi casa, señorita —dijo Cawnbore furiosamente—. Es más, ahora mismo llamaré a la policía para que vengan a detenerla y formularé una acusación por robo, que la enviará a la cárcel para una buena temporada. Así aprenderá esta desvergonzada...

—No hagas eso, tío —prohibió el joven—. Porque, si llamas a la policía, yo diré que traje a Florrie a mi casa. Ella es joven, muy bonita, y yo no soy de piedra. Vinimos a..., a bueno, a eso...

—¡Bill, yo soy una chica decente! —gritó Florrie.

—Entonces, ¿prefieres ir a la cárcel?

Ella remoloneó un poco.

—Bueno, si eso resuelve la cuestión... Hoy día ya no importan tanto ciertas cosas...

Cawnbore se llevó las manos a la cabeza.

—¡Dios mío, qué juventud! —clamó—. Me roba unos documentos que valen una millonada y se pone a hablar con mi sobrino de temas eróticos... ¿Adónde iremos a parar, Señor?

Florrie se echó a reír.

—Usted, no sé; yo sí sé que no podrá aprovecharse del trabajo de mi padre y que, si nosotros podemos conseguir el total de los documentos, tampoco podrá usted sacarle el jugo a su descubrimiento. Al menos, a nosotros nos queda el cerebro de mi padre que, afortunadamente, ya no trabaja para el negrero que es usted, señor Cawnbore.

Ransome sonrió maliciosamente.

—Parece que hay más personas que piensan como yo, tío —dijo—. Anda, dame ese revólver y deja marchar a la señorita Turple en paz.

Cawnbore se dejó arrebatar el arma, pero, de pronto, pareció volver a la realidad y se precipitó hacia el teléfono.

—¡No, nunca! Hasta ahora fui un hombre considerado con esa familia,

pero ya se han acabado las contemplaciones. Haré que venga la policía y...

Las últimas palabras del dueño de la casa se convirtieron en un alarido de dolor. Florrie acababa de golpearle la pierna derecha con la puntera del zapato y Cawnbore empezó a saltar a la pata coja por el despacho, en una actitud completamente ridícula, que arrancó a Ransome una serie de estrepitosas carcajadas, que le fue imposible contener.

—¡No te rías, miserable! —le apostrofó Cawnbore, sin dejar de dar saltos—. Persíguela, échale el guante encima... ¿No ves que se ha largado, pedazo de idiota?

Ransome volvió la cabeza y divisó la ventana abierta de par en par. Pero no hizo el menor ademán de salir de la casa por aquel hueco.

—No pienso hacerlo y, si quieres que sea sincero, te diré que me alegro de lo que te ha hecho esa joven. Te lo tienes bien merecido y aún me parece que es poco.

—¡Estúpido! Con ese sistema, podíamos haber ganado millones...

—El estúpido eres tú, tío. ¿Para qué diablos quieres más dinero? ¿Es que no tienes suficiente con lo que posees? ¿Te harán más poderoso un millón más o dos o veinte? Eres como un asno cargado de oro, que no se puede mover con la carga que lleva sobre los lomos. Demasiado dinero no sólo resulta abrumador, sino que incluso te hace desgraciado, porque no sabes contentarte con lo que tienes, te parece poco y aún ambicionas más. En lo que a mí se refiere, he terminado contigo, al menos, en el mundo de los negocios.

Ransome se encaminó hacia la puerta, pero, antes de salir, se volvió hacia el dueño de la casa, que parecía aturdido por la virulenta filípica que acababa de recibir y no acertaba a reaccionar.

—Añadiré una cosa, tío —dijo ceñudamente—. Si tocas a esa chica, si le causas el más mínimo daño, tendrás que vértelas conmigo.

—¡Serás un traidor a la familia, en tal caso! —bramó Cawnbore.

—Seré fiel a mí mismo, y eso es lo que importa a un hombre decente —contestó el joven sin amilanarse.

Salió dando un portazo, pero, a los pocos momentos, el valor de que había hecho gala hasta entonces, se le disipó como por encanto, porque acababa de recordar que había una cuadrilla de tipos que querían su muerte. No comprendía por qué deseaban eliminarle del mundo de los vivos, pero lo había oído personalmente y no podía dudar de las intenciones de Kelty y sus compinches.

El hombre que había sacado el as que significaba su muerte se llamaba Floyd Unger. Se preguntó dónde podría encontrarlo.

De pronto, creyó haber dado con la solución.

CAPÍTULO IV

Sabía dónde encontrar a la persona que podía proporcionarle informes sobre Unger. Huir del peligro no daría buenos resultados; sus asesinos acabarían por encontrarle. Tenía que defenderse y, pensó, «la mejor defensa es siempre el ataque».

Pero no podía atacar si no sabía dónde estaba el enemigo. Y sólo Molly Brent podía decirle algo sobre el particular.

Ransome no creía en los propósitos de la rubia. Molly era una mujer que no se encontraría a gusto lejos de la ciudad, donde podía ganar dinero, no sólo con los clientes «regulares», sino con los incautos como él. Las cosas no estarían mejor si Kelty la atrapaba y la obligaba a hablar.

Esperaba encontrarla antes que Kelty; por dicha razón, encaminó sus pasos a La Rana Loca, a la noche siguiente.

Sin embargo, y como medida de precaución, decidió cambiar un poco su aspecto. Unas gafas neutras, levemente coloreadas, un gran bigote postizo, ropas corrientes y un bastón, para simular una cojera inexistente, le dijeron ante el espejo que, con aquella apariencia, no lo iba a reconocer nadie. Poco antes de las ocho, empujó la puerta de la taberna y se acercó cojeando al mostrador.

Tal como había supuesto, Molly estaba allí, sentada en un alto taburete, con un vestido enteramente «profesional»; falda negra, abierta casi hasta la cintura, de modo que se pudieran ver el final de las medias y el ligero, zapatos con tacón de diez centímetros y un kilo de pintura en la cara, además de un aparatoso peinado que causó escalofríos a Ransome sólo de verlo. El atuendo se completaba con una blusa absolutamente transparente, que permitía ver sin dificultad lo que Molly, indudablemente, estimaba el mejor de sus encantos.

«Los tiene como melones», pensó.

Ella le dirigió una sonrisa provocativa al verle situarse a su lado.

—¿Me invitas a una copa, buen mozo?

—Y a dos y a tres, y a las que gustes, muñeca —contestó Ransome con cierta desgana—. ¿Te apetece un cigarrillo?

—Claro, guapo. ¿Cómo te llamas?

—¿Qué importa eso ahora?

Ransome sacó cigarrillos, ofreció uno a la rubia y ella se lo puso en los labios espesamente decorados. Para ofrecerle fuego, extrajo el encendedor que Molly le había devuelto la víspera.

Lo hizo con la mano izquierda. La derecha estaba apoyada en el muslo de la rubia y apretó un par de veces con fuerza.

Los ojos de Molly se desorbitaron. Acababa de reconocer el encendedor.

Aspiró el humo maquinalmente. Ransome sonrió.

—Tomaremos una copa aquí, pero luego iremos a tu apartamento. Estaremos mejor solos, ¿no te parece?

Molly asintió.

—Sonríe, tonta —dijo el joven entre dientes—. ¿Quieres que todo el mundo se dé cuenta de que estás poniendo una cara de difunta que tira de espaldas?

Ella respingó, pero hizo lo que Ransome le pedía.

—Sí, en mi apartamento estaremos mejor, muñeco —contestó.

—Entonces, despacha esa copa y larguémonos de una vez —dijo Ransome.

Molly agarró el vaso y lo vació de un trago. Ransome lanzó un billete sobre el mostrador y recuperó el bastón que había dejado unos instantes.

—Apóyate en mi brazo —indicó Molly—. ¿Has sufrido un accidente?

—preguntó en voz alta, para que la oyeran los clientes más próximos.

—Sí, me torcí el tobillo, por correr demasiado... delante de un marido celoso —respondió el joven con una estruendosa carcajada.

Molly rió también. Algunos sonrieron al oír aquellas frases.

Salieron a la calle. Molly parecía nerviosísima.

—¡Por Dios, Bill! ¿Qué te propones? —preguntó, cuando estuvo segura de que no podían ser escuchados.

—Ya sabes lo que me pasa —dijo Ransome—, Unos tipos quieren matarme. El hombre designado por la suerte para ejecutar la tarea es Floyd Unger. ¿Dónde puedo encontrarlo?

Ella pareció meditar unos instantes.

Luego dijo:

—Si te he de ser sincera, no lo sé, Bill. Conozco a Unger, pero mis relaciones con él han sido más bien escasas. Sinceramente, no puedo decirte la forma de encontrarle.

Ransome torció el gesto.

—Me gustaría anticiparme a él —gruñó.

—¿Vas a...? —inquirió ella, temerosa.

—En primer lugar, le haría hablar, para que me explicase por qué quieren matarme, cuando no les he hecho daño a ninguno de ellos ni jamás había oído hablar de esa cuadrilla, hasta que me desperté en el cuartucho que sueles utilizar cuando encuentras un «primo» que merece la pena.

—Bueno, no lo hago todos los días —se sonrojó Molly.

—Ya me lo figuro, mujer. Pero ¿es que no conoces otro procedimiento para ganarte la vida?

—Si me indicas tú uno... —contestó ella sarcásticamente—. ¿Crees que me dedico a esto por gusto?

—Mira, yo no soy redentor de mujeres caídas, pero quizá podría hacer algo en tu favor, aunque no en estos momentos, precisamente. Más

adelante, en fin, si no tienes inconveniente, vería lo que puedo hacer por ti. Si es que quieres dejar el «oficio».

Molly suspiró.

—Ando ya por los treinta y cinco años, y no me quito una semana tan siquiera —confesó—. Todavía gusto a los hombres, pero llegará el día en que esté hecha un guiñapo y entonces... Bueno, es que no quiero ni pensarlo, Bill. Pero estábamos hablando de tus problemas. Decías que primero quieres hablar con Unger. ¿Y después?

—El «después» depende del resultado de la conversación.

—Comprendo... ¡Espero! —dijo Molly de pronto—. Creo que sé algo que puede ayudarte... Conozco a una chica y ésa sí que es muy amiga de Unger. Sé que se encuentran con frecuencia, una vez a la semana o más...

—¿De veras? —preguntó él, esperanzado.

—Se llama Evvie Larkens y vive en la calle Veintisiete, es decir, a dos manzanas de aquí, en el número cinco mil doscientos quince. No puedo garantizar que ella te diga lo que desees, pero, al menos, algo conseguirás, supongo.

—Eres una chica encantadora —rió él—. Molly, no sé cómo darte las gracias.

Ella se había detenido y le miraba con ojos húmedos.

—Te quité mil dólares, Bill...

—Bah, olvídalos. Los daré por bien empleados si consigo encontrar a Unger. Pero ¿por qué te has parado? ¿No quieres que continuemos el paseo?

Molly señaló con el pulgar la puerta que tenía a sus espaldas.

—Es que vivo aquí —declaró—. Me gustaría invitarte a una copa en mi apartamento, Bill.

Ransome vaciló. Si subía al apartamento de Molly, podía ocurrir algo que no deseaba sucediera en aquellos momentos. Pero también le desagradaba mostrarse descortés con la rubia.

No sabía qué hacer, y sus dudas fueron resueltas en contados segundos, prácticamente, cuando apenas Molly acababa de formular su invitación. Del interior del portal surgió una voz irónica:

—Molly Brent, podrías servir cuatro copas y así la fiesta estaría completa, ¿no te parece? —dijo Hugo Vyle.

* * *

La rubia emitió un grito de susto al oír al forzudo. Ransome, práctico, reaccionó instantáneamente y tiró de ella por su brazo, apartándola de la puerta de la casa, en el momento en que dos hombres salían al exterior.

Vyle era uno de ellos. El otro era un sujeto de baja estatura, mirada malévola y con la boca torcida, no se sabía si debido a algún defecto

físico o porque le gustaba aparentar una expresión amenazadora en todo momento.

Molly retrocedió dos pasos más todavía.

—Bill, es Rick Shanlon —exclamó.

—¿Tiene algo de particular ese homúnculo?

—Tengo algo que puede hacerle cosquillas, amigo —dijo Shanlon, a la vez que movía la mano derecha con gesto muy rápido.

Se oyó un tétrico chasquido. Una navaja automática, de más de veinte centímetros de longitud, emitió un letal relampagueo.

Pero la reacción de Ransome no fue menos fulgurante. Movié el bastón y golpeó duramente la mano de Shanlon, haciendo saltar el acero por los aires, a la vez que le arrancaba un grito de dolor.

El gesto de Ransome pareció desconcertar a Vyle por un momento. El joven sé dijo que no le convenía dejarle que tomase la iniciativa y, utilizando el bastón como un estoque, se lanzó a fondo, buscando una región particularmente sensible de la anatomía del forzado.

Vyle bajó ambas manos al lugar afectado por el golpe y empezó a dar saltos por la acera, mientras Shanlon se frotaba la muñeca dolorida. Por el momento, se dijo Ransome, había ganado la partida, pero no era seguro de que acabase perdiendo, si continuaba en el mismo sitio.

—¡A volar, Molly! —exclamó.

Giró la cabeza y se quedó estupefacto, porque la rubia había desaparecido. «Yo no voy a ser menos», pensó, a la vez que echaba a correr.

En el mismo instante, oyó el rugido del motor de un coche que se acercaba, seguido de un violento chirrido de frenos. Se volvió por segunda vez y contempló algo que le dejó estupefacto.

Un coche largo, negro, se detuvo frente a los dos hampones. Pese al dolor que sentía, Vyle tuvo la suficiente presencia de ánimo para lanzarse al suelo de cabeza.

Shanlon fue más torpe y se quedó mirando como hipnotizado el arma que asomaba por una de las ventanillas traseras del automóvil. La pistola vomitó súbitamente varios sonoros fogonazos.

El hombrecillo de la boca torcida dio un enorme salto y voló hacia atrás, con los brazos extendidos. Chocó contra la pared del edificio, rebotó ligeramente y cayó de costado al suelo, encogiéndose sobre sí mismo, con los últimos espasmos de la agonía. Ransome no quiso seguir viendo más y reemprendió la carrera.

En el mismo instante, otro coche se detuvo a su lado.

—¡Sube, Bill! —gritó una mujer.

El joven no se hizo de rogar. Entró en el coche y la conductora arrancó como una exhalación. Pero apenas había recorrido diez metros, volvió a lanzar una exclamación de enojo:

—¡Esos hijos de perra! ¡Nos persiguen otra vez, Bill!

Ransome se tapó la cara con las manos.

—A mí me va a dar algo... —gimió.

—No te preocupes —dijo Florrie—. Voy a enseñarles algo que no olvidarán jamás.

Circulando como un meteoro, llegó al próximo cruce, pero, en lugar de seguir adelante, viró en redondo, haciendo chillar los neumáticos estremecedoramente. Luego se lanzó hacia adelante, como una furia, con todas las luces encendidas, contra el otro coche.

El conductor adversario se sobresaltó terriblemente al ver la inminencia de la colisión y trató de evitarla, mediante un volantazo a la derecha. Pero estaba demasiado cerca de la acera y se subió a ella, atropellando media docena de enormes cubos de basura, que volaron por los aires con un estrépito capaz de despertar a un difunto.

El coche continuó su enloquecida carrera, dando tremendos bandazos, sin que su piloto pudiera dominarlo. Atropelló una toma de agua y el líquido emergió en un rugiente surtidor, que alcanzaba más de diez metros de altura, resbaló contra una farola y acabó chocando contra la pared, con estruendo atronador.

Florrie lanzó una alegre carcajada.

—Se han llevado lo que se merecían —exclamó, a la vez que reducía la velocidad, para meterse por una calleja transversal, que les permitió alejarse de aquellos lugares sin demasiados contratiempos.

* * *

Florrie detuvo el coche en lugar seguro y se volvió sonriendo hacia el joven.

—Y bien, ¿qué te parece, Bill?

Ransome sacó tabaco. La mano le temblaba violentamente cuando encendió el cigarrillo.

Luego pasó el encendedor a la muchacha.

—Mírame el pelo —pidió—. ¿No me han salido canas?

—No seas exagerado —contestó ella, sin perder el buen humor—. Te he salvado de un apuro y lo menos que podrías hacer es darme las gracias.

—Apostaría algo a que no lo has hecho precisamente por filantropía. ¿O estoy equivocado?

—Bueno, algo de interesado hay en mi actitud, no voy a negarlo. Pero hubiera hecho lo mismo en otras circunstancias, Bill.

—¿Te interesas por mí? —se asombró él.

—Por el sobrino del todopoderoso Norton Cawnbore, que no es lo mismo.

—Ya no tengo nada que ver con mi tío, si es que eso te preocupa, Florrie.

—¿Es cierto que has roto con él?

—Tan cierto como la luz del sol... mañana por la mañana, claro. No quiero saber nada de mi tío, en el aspecto financiero o de negocios. Sobre este particular, la ruptura, te lo garantizo, es absoluta —respondió él con gran énfasis.

—Nunca lo hubiera creído... Bill, ¿qué te pasó? ¿Por qué has roto con tu tío?

—Bueno, es un hombre demasiado dominante... En la última junta de directivos actuó como siempre, como un capataz de esclavos. Resultó demasiado para mí y cuando me consultó sobre determinadas medidas que había que tomar, contesté así: «¡Beee...!» Me levanté, dejé la sala de reuniones y ahí se acabó todo.

—«¿Beee...?» —repitió Florrie, desconcertada—. ¿Qué es eso, Bill?

—Balidos de cordero, tonta. Yo no quería seguir siendo un borrego más en el rebaño de mi tío y envié todo al infierno.

—Fantástico, sorprendente... y también demencial. ¿No se te ha ocurrido pensar que abandonas una posición privilegiada, una vida de millonario, una existencia cómoda y sin problemas...? ¿Te gusta vivir como un mendigo?

—¿Quién ha dicho que mi vida fuese la de un millonario que no tiene otra cosa que hacer que gastar su dinero? Un hombre, supongo, debe tener un mínimo de dignidad y portarse como tal, cuando llega la ocasión, aunque sea a costa de perder todo lo que acabas de citar. Sí, era una buena vida, pero absolutamente infeliz. Aunque te cueste trabajo creerlo.

—Y ahora te sientes feliz...

—Por lo menos, más tranquilo en ese aspecto. Claro que me han surgido ciertas complicaciones con las que no contaba, pero, cuando haya logrado resolver estos conflictos, iniciaré una nueva vida. Y no me arrepentiré de ello jamás, te lo aseguro.

Florrie giró en su asiento y le miró de hito en hito.

—Bill, ¿qué piensas hacer? —preguntó.

—No lo sé... Tal vez, agarrar un hatillo y un palo, y marcharme a recorrer los caminos... o puede que compre una pequeña granja y me dedique a cultivar frutas y verduras, y a criar patos y gallinas... Ése no es problema que ahora me preocupe en absoluto, créeme.

—Parece ser que te preocupa más salvar el pellejo, ¿eh?

—Exactamente, Florrie.

CAPÍTULO V

Sobrevino un momento de silencio. Florrie jugueteaba con la cadena de un medallón que pendía de su esbelto cuello.

—Soy una chica mal pensada —dijo—. Cuando saliste de tu apartamento yo estaba aguardando en la calle, y te seguí sin que te dieras cuenta. Pensaba que ibas a buscar a alguien que pudiera poner en apuros a mi padre... tú ya me entiendes; los dichosos documentos que le pertenecen...

—De modo que me seguiste —resopló Ransome.

—Debo admitirlo. Pese a todo, creí que seguías aliado a tu tío y... Bueno, ahora veo que no es cierto y me alegro de ello.

—Pero, bueno, ¿qué clase de documentos son éstos? —exclamó el joven, irritado—. ¿Tan importantes son, que mi tío ha llevado el asunto en el más completo secreto, sin que yo me hubiera enterado de ello, hasta que te conocí?

—Puedes estar seguro de que es un descubrimiento sensacional, que revolucionará muchas cosas. Pero, por ahora, no puedo decirte nada más; cuando tenga el documento que me falta, podremos registrarlo en la Oficina de Patentes. El descubrimiento nos pertenece legalmente y tu tío no tiene nada que hacer en ese asunto, ¿comprendes?

De pronto, Ransome se dio una palmada en la frente.

—¡Ahora recuerdo! —exclamó—. Es la patente del agua deshidratada...

Florrie se quedó estupefacta.

—¡Agua deshidratada! —repitió.

—O, si lo prefieres, agua en polvo —dijo él, impasible—. Verás, cuando un viajero sediento viaja por el desierto o a bordo de un barco, lleva siempre consigo una buena provisión de tabletas de agua deshidratada. Naturalmente, se necesita siempre un mínimo de agua, digamos un botellín con unos cincuenta centímetros cúbicos. Entonces, cuando el viajero tiene sed, deposita en una jarra una tableta de agua deshidratada y luego, con la ayuda de un cuentagotas, deposita una sola gota de agua sobre la tableta. ¡Y surge un maravilloso litro de agua pura, fresca y confortadora!

Durante unos momentos, Florrie había estado escuchando como hipnotizada la sarcástica explicación del joven. Cuando Ransome terminó, se dio cuenta de que había estado burlándose de ella y le asestó un fuerte empujón.

—¡Fuera de mi coche, estúpido! —gritó—. No consiento que nadie me tome el pelo, y menos el sobrino de ese viejo vampiro que es Cawnbore. ¡Fuera he dicho! ¿Me has oído?

Ransome, sorprendido, no supo qué hacer. Cuando quiso darse cuenta, estaba ya con los pies en el suelo.

—Pero, Florrie, sí sólo era una broma...

—¡Vete al infierno! —gritó ella, a la vez que arrancaba como si el coche hubiera sido un cohete.

Ransome puso las manos en las caderas.

—Vaya un genio —rezongó—. Esa chica es realmente insoportable...

De pronto, frunció el ceño.

—Pero no voy a consentir que se burle de mí. En cuanto le eche la vista encima, le voy a dar una lección que no olvidará en todos los días de su vida.

Luego pensó que ignoraba dónde vivía Florrie, aunque no era cosa que le preocupase demasiado.

Tenía otros asuntos más graves que resolver: el de salvar su propia vida, en primer lugar.

Y después... ¿quién diablos había acribillado a balazos a uno de los compinches de Kelty?

¿Por qué?

Miró a su alrededor y suspiró. Se hallaba en un descampado y la circulación era poco menos que nula en aquellos parajes. Además, ¿quién querría parar su coche para llevar a un desconocido?

—Mueve las piernas, Bill —se dijo, a la vez que echaba a andar.

Y al día siguiente, se propuso, iría a hablar con Evvie Larkens.

* * *

Era, todavía, menos atractiva que Molly, aunque debía reconocer que acababa de hacerla saltar de la cama, a una hora, evidentemente, no habitual en ella. Evvie Larkens salió a recibirle en zapatillas, con una bata ajada y la cabeza llena de greñas. En su boca, vio rastros de lápiz de labios que no se había limpiado para dormir.

«La verdad, Unger tiene un gusto pésimo», se dijo.

Evvie le miró con un solo ojo.

—¿Qué quiere a estas horas? —preguntó, desabrida—. Hoy no trabajo...

—¿Problemas femeninos? —dijo el joven, irónico.

—Mi estado sanitario, a este respecto, es absolutamente satisfactorio, pero, ya le he dicho: no es hora de recibo, así que lárguese y déjeme seguir durmiendo.

Ransome no se desanimó. Metió la mano en el bolsillo y sacó dos billetes de cincuenta dólares, que desplegó ante los ojos de la mujer.

—No necesito de sus servicios. Quiero informes —manifestó.

El rostro de Evvie cobró una expresión muy diferente.

—¿Qué clase de informes? —preguntó, a la vez que alargaba la mano hacia los billetes.

Ransome retiró la suya.

—Adentro, claro, no en el corredor —dijo.

—Está bien, pasa, muchacho.

Evvie se hizo a un lado. Arrugó la nariz al percibir olor a perfume barato, pero no hizo el menor comentario.

—Habla —invitó ella, a la vez que se disponía a abrir una botella—. ¿Un trago? —sugirió.

—Gracias, es demasiado pronto. Evvie, ¿dónde está Floyd Unger?

Hubo un momento de silencio. Ransome apreció la súbita tensión que se había apoderado de la mujer.

—No lo sé —contestó Evvie al cabo de unos segundos.

Ransome sacó el tercer billete y lo situó en abanico con los anteriores, sin pronunciar una sola palabra. Evvie vaciló.

El cuarto billete surgió a la superficie. Entonces, Evvie, alargó rápidamente la mano izquierda y se apoderó del dinero.

—Hotel Baynes, habitación 314, es su residencia habitual —dijo—.

¿Para qué quieres verle? —inquirió.

—Eso ya no te importa; es cosa mía exclusivamente —respondió el joven mientras giraba sobre sus talones.

Abrió la puerta y salió al corredor, pero no cerró del todo. Esperó unos momentos y luego, sigilosamente, volvió a abrir.

Tal como había supuesto, Evvie estaba hablando por teléfono.

—Sí, Floyd... No sé quién es, pero ha preguntado por ti... No me ha quedado otro remedio que decírselo... Compréndelo, hombre, tenía una navaja en la mano y amenazó con cortarme la cara... He pasado un miedo espantoso, te lo juro...

Sonriendo tranquilamente, Ransome, pisando de puntillas, se acercó a la consola del teléfono y dejó sobre ella una tarjeta de visita. Evvie lanzó un chillido de susto al ver la mano que aparecía ante sus ojos como por arte de magia.

—Aquí tienes mi nombre y dirección, con el número de teléfono. No quiero que Unger se sienta desazonado por no saber quién es el que ha estado preguntando por él.

Evvie estaba como petrificada. Aprovechando su estupefacción, Ransome alargó la mano, cortó la comunicación y luego, sin el menor reparo, metió la mano en el amplio escote de Evvie y le quitó los cuatro billetes que le había entregado momentos antes.

—Ese dinero era el precio de tu discreción, pero, como no has sabido mantener la boca cerrada, me lo llevo. ¡Adiós, estúpida!

Ella seguía aún sin pronunciar una sola palabra, cuando el joven desapareció de su vista. Entonces, furiosa, lanzó el teléfono contra la horquilla y prorrumpió en una serie de atroces imprecaciones, que sólo cesaron cuando se quedó sin aliento.

* * *

Al salir de la casa de Evvie, Ransome entró en su coche y arrancó en

determinada dirección. Casi en el mismo instante, otro automóvil se puso en movimiento.

Ransome lo notó en el acto y se sintió preocupado. En el próximo semáforo, el otro coche se detuvo junto al suyo y pudo ver que iba ocupado por dos individuos de rostros pétreos, a quienes no conocía en absoluto.

Uno de ellos, sin embargo, llevaba en la cara un parche de tela adhesiva. Debían de ser los dos tipos a quienes Florrie había lanzado con tanta habilidad por el terraplén.

Ella había hablado de un detective que la seguía por encargo de su tío. Pero eran dos los que iban tras sus huellas y se preguntó si el detective contaba con un ayudante. Aunque un profesional, se dijo, no habría actuado nunca de semejante manera.

El asunto le desagradaba enormemente. No quería que aquellos sujetos se enterasen del lugar al que se dirigía y empezó a pensar en la mejor forma de quitárselos de en medio.

Un poco más adelante se le presentó la ocasión, sin buscarla. El otro coche se había rezagado un tanto, sin duda porque sus ocupantes querían pasar desapercibidos. Ransome vio delante de él un pesado camión de transporte y, tras cerciorarse de que los otros le seguían puntualmente, esperó unos momentos y luego, bruscamente, adelantó al enorme vehículo.

Inmediatamente, se colocó delante, a muy poca distancia. Luego ejecutó un súbito frenazo.

El conductor del camión protestó con un par de sonoros sirenazos, a la vez que aplicaba el freno a fondo. Detrás del gigantesco vehículo, se oyó el estruendo de un impacto de otro coche.

Ransome sonrió para sí y apretó el acelerador. Un poco más adelante, a través del retrovisor, vio que el camionero se apeaba de la cabina, dirigiéndose hacia la zaga del vehículo.

Dos hombres más salían del otro coche. Ransome tuvo la debilidad de detenerse unos momentos, para asomar la cabeza fuera de la ventanilla y enterarse de lo que sucedía.

Era una escena deliciosa. El colérico camionero la emprendió a golpes con los dos sujetos y, durante unos momentos, hubo una violenta pelea, que cesó al hacer su aparición un policía. Silbando alegremente, Ransome continuó su camino y, media hora más tarde, detenía el automóvil frente a una puerta enverjada, que permitía el acceso al jardín de una casa, circundado por una alta valla metálica, rematada con agudas púas.

Tras apearse del coche, contempló el interior del recinto, bastante descuidado, según pudo apreciar.

—¿Es que a esa chica no le gusta cuidar las flores? —murmuró, disgustado.

Al fondo, a la derecha, había un cobertizo, con una gran puerta entreabierta. Ransome tanteó la verja y encontró que no estaba cerrada con llave, por lo que pasó al interior despreocupadamente. La casa parecía abandonada. ¿Acaso ya no vivía allí la persona a quien buscaba?

Avanzó hacia el cobertizo y terminó de abrir la puerta. Con gran asombro, vio un coche de carreras, parcialmente cubierto con la lona, y desprovisto de la tapa del motor, al que faltaban algunas piezas. Vio un par de bancos de trabajo y numerosas herramientas, aunque el lugar, en general, daba la sensación de no haber sido utilizado en mucho tiempo.

—A lo mejor es que no han podido aplicar a este coche el invento de Richard Turple —dijo, sarcástico.

De pronto, sonó una voz a sus espaldas:

—¿Viene a arreglarme el motor, amigo?

Ransome permaneció unos segundos en la misma posición. La casa no estaba abandonada.

Al menos, Florrie Turple se hallaba en aquellos instantes a sus espaldas.

CAPÍTULO VI

—Para mí, el motor de un coche es una cosa a la que se le echa gasolina y aceite, y funciona cuando se da el contacto —dijo Ransome al cabo.

Florrie lanzó un grito de sorpresa. Ransome se volvió, sonriendo hacia la chica.

—No sabía que fueses aficionada a los coches de carreras, aunque eso explica tu pericia en el manejo del volante —añadió el joven—, ¿Qué le pasa a este trasto?

—He dejado ya de correr —respondió ella de mala gana—. No soy tan buena como creía y para no ganar una sola carrera, prefiero quedarme en casita.

—Quizá te convendría más comprar un manual de jardinería y floricultura y aplicar sus enseñanzas. Ese jardín de ahí afuera está hecho un asco —criticó Ransome duramente.

—Es lógico —dijo Florrie—. La casa ha estado abandonada durante años enteros. Hace apenas una semana que nos trasladamos aquí y no he tenido tiempo de cortar siquiera una mata pequeña.

El pulgar de Ransome señaló hacia atrás.

—¿También lo trajiste en la mudanza?

—Sí. Quiero venderlo, pero antes es necesario que me arreglen el motor. He llamado a la casa constructora, pero parece que hubieran hecho oídos sordos y... Bill, ¿qué demonios haces tú aquí? ¿Cómo has sabido nuestro nuevo domicilio?

—Preguntando aquí y allá —contestó él, sonriendo sibilinamente—. En serio, hablé con un buen amigo que sigue en la empresa de mi tío y que conoce muy bien a tu padre. Éste le habló hace tiempo de la casa que poseía y a la que pensaba mudarse, a fin de poder terminar con tranquilidad sus trabajos. Por lo visto, la tenía desde hacía muchos años, pero vivía en el centro, por comodidad en su trabajo.

—Exactamente. Y cuando el jardín esté arreglado, esto parecerá un pequeño paraíso. Sólo le falta una pequeña piscina, pero todo llegará, no te preocupes,

—La llenarás con media docena de tabletas de agua deshidratada y cinco centímetros cúbicos de agua, ¿verdad?

—Sigues burlándote de mí, ¿eh? Cuando mi padre haya conseguido reproducir la fórmula que le arrebató el cuervo de tu tío, el mundo quedará asombrado, créeme,

—Y a tu padre le darán el Premio Nobel de la Hidráulica —contestó el joven con sorna—, Florrie, los dos tipos que lanzaste el otro día por el barranco han estado siguiéndome.

Ella arqueó las cejas.

—¿Qué dices, Bill? ¿No será otra de tus bromas?

—Esta vez la cosa va en serio. Como lo de mi muerte, sorteada por unos tipos a los que no conozco siquiera. Pero, al menos, he conseguido deshacerme de mis perseguidores y evitar que llegaran hasta aquí.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Florrie, curiosa.

—Bueno, esperé la ocasión propicia y, aprovechando tus enseñanzas, me coloqué rápidamente delante de un camión de transporte. Frené en seco, el camión se paró y los otros se estrellaron contra la zaga. Luego, el camionero se lió a golpes con ellos y... En fin, como suele decirse, aprovechando la confusión reinante desaparecí del lugar y aquí estoy.

—Bueno, en tal caso, dime a qué has venido. No parece que sea una visita de cortesía, creo. ¿O te ha enviado tu tío?

—Nada de eso. He venido por propia iniciativa, para darte mi respuesta a algo que me dijiste hace un par de noches.

—No recuerdo, Bill...

Ransome miró a derecha e izquierda y vio un taburete, que agarró con una mano, para acercarse a la muchacha.

Florrie le miraba desconcertada, sin comprender en absoluto las intenciones del joven.

De pronto, se sintió agarrada por las muñecas. Antes de que pudiera percatarse de lo que sucedía, se encontró atravesada sobre las piernas del joven e, inmediatamente, empezó a sentir los golpes de una pesada mano en el redondeado final de su espalda,

—¡Suéltame! —chilló—. ¡Pedazo de bruto, hijo de una mula sarnosa, te digo que me sueltes...! Párate de una vez o tendrás que lamentarlo durante toda tu vida...

—Creo que eso es lo que va a suceder —contestó él, sin dejar de mover la mano—. Pequeña fiera, mira que dejarme abandonado en la noche, en medio de un descampado, por donde no circulaba nadie...

Una voz de hombre resonó inesperadamente en la entrada del cobertizo.

—Eh, amigo, ¿qué le está haciendo usted a mi hija?

Ransome suspendió el vapuleo y levantó la vista.

—¿Richard Turple? —dijo.

—Sí, yo mismo...

—Disculpe, señor, pero estaba dando una lección a mi futura esposa. Tiene que aprender a comportarse como es debido con un marido amante, solícito y servicial.

Florrie lanzó un agudo chillido.

—¡Papá, eso es mentira! ¡Yo no pienso casarme con este hombre!

Turple se echó a reír.

—Hija, si él lo dice, creo que serás su esposa —respondió alegremente

—. Y ya era hora de que alguien te sentara la mano encima. Muchacho, nunca he visto una mujer tan levantisca como Florrie.

Tiene que atarla corto cuando se hayan casado o le convertirá la vida en un infierno.

—Eso que dices es indigno de un padre —exclamó Florrie, todavía cruzada sobre las piernas del joven—. Nunca creí que hablastes tan mal de tu propia hija...

Inesperadamente, Ransome se puso en pie. Florrie, sorprendida, dio la vuelta en el aire y cayó sentada en el suelo.

—Bruto —dijo, con los ojos llenos de lágrimas, a la vez que hacía esfuerzos por levantarse—. No voy a poder sentarme en un mes...

—Así no conducirás coches tan alocadamente —repuso el joven severamente. Luego avanzó hacia Turple, con la mano extendida—. Encantado de conocerle, señor. Soy Bill Ransome, sobrino de Norton Cawnbore.

—El voraz chupasangres que te robó cierto documento, papá —terció la muchacha, sin dejar de frotarse las doloridas posaderas.

Pero Turple no pareció enojarse por el virulento informe de su hija. Sosteniendo la vieja pipa que fumaba con la mano izquierda, alargó la otra hacia el joven.

—Celebro conocerle, Bill —dijo—, Clay Ealington me habló de usted y de lo que había sucedido durante la última reunión de ejecutivos, cuando envió al diablo a su tío. Si me permite un comentario elogioso, le diré que hizo bien el marcharse de la empresa.

—Gracias, señor. La vida se me hacía ya insoportable y prefería aquel pequeño estallido a tiempo, antes de estallar de otra forma y acabar en un manicomio.

—Podía haber sido así, y te felicito por tu decisión. Bueno, ahí te dejo con esa pequeña yegua salvaje, a ver si puedes domarla. Yo no lo he conseguido en sus veintidós años de vida y te deseo mejor fortuna que la mía.

—¡No soy una yegua salvaje, sino una mujer! —gritó Florrie.

Turple se echó a reír, a la vez que guiñaba un ojo a Ransome.

—Duro con ella, muchacho.

—Bueno, en todo caso, la sesión de doma seguirá otro día —dijo el joven—. Yo ya me marchaba y...

Alguien le interrumpió súbitamente.

—Perdonen —dijo un hombre desde la puerta—. Nos avisaron para arreglar un motor...

Florrie se adelantó hacia el recién llegado.

—Sí, aquí es. Pasen, por favor.

Ransome decidió que era el mejor momento para abandonar la casa y se dirigió hacia la salida, no sin estrechar nuevamente la mano de Turple. Florrie no le hizo caso, pero él no se lo tomó en cuenta.

Los dos hombres vestían monos de mecánico. Al pasar por delante de uno de ellos, Ransome apreció una mancha roja en el lado izquierdo

de su cara, pero muy tenue, aunque no prestó mayor atención al detalle. Continuó andando y alcanzó la verja exterior, disponiéndose a subir a su automóvil.

Entonces, de súbito, recordó algo que había permanecido momentáneamente oculto en el fondo de su memoria.

Todo su cuerpo se puso en tensión. Florrie y su padre estaban en un serio peligro.

* * *

La mancha roja, pero descolorida, del rostro del supuesto mecánico, era mercromina. El tipo había intentado quitarse los rastros de la medicina, tras haberse despojado de la cinta adhesiva que había llevado hasta entonces, a fin de evitar ser reconocido.

Pero ¿cómo habían llegado hasta allí, no sólo con tanta rapidez, sino vestidos de mecánicos, con el nombre de una empresa de reparaciones de motores en los monos de trabajo? Florrie no había sospechado nada y los había aceptado como los auténticos mecánicos.

A poca distancia, divisó una furgoneta comercial, en cuyos costados se leían las mismas inscripciones que había visto momentos antes en la ropa de faena. Intrigado, se acercó al vehículo y, a través de una ventanilla trasera, pudo divisar a dos hombres tendidos en el suelo, en paños menores y atados y amordazados.

La casa de Florrie estaba situada en un lugar relativamente deshabitado. A cincuenta metros de distancia, en un solar abandonado, divisó un coche oculto tras una vieja tapia de madera que se caía a pedazos.

Una rápida investigación le hizo saber que era el coche de sus perseguidores. Las señales del choque con el camión eran evidentes, aunque no habían impedido el funcionamiento del vehículo.

Tenía que hacer algo, se dijo, pero no se le ocurría nada por el momento. Con las manos desnudas, enfrentarse con dos tipos armados, era punto menos que una locura.

De pronto, corrió hacia la furgoneta y abrió la puerta trasera. Los mecánicos le miraron aprensivamente.

—Tranquilos, muchachos —dijo con acento persuasivo—. No quiero hacerles ningún mal, aunque me temo que deberán aguardar unos minutos antes de que venga a soltarles.

Buscó con la vista en el suelo de la furgoneta y encontró un tubo de hierro, delgado, de unos dos centímetros de diámetro, por algo más de un metro de longitud. Podía servir, se dijo, mientras avanzaba cautelosamente hacia el jardín.

Bordeando la tapia, se acercó al cobertizo. Con enorme sorpresa, se dio cuenta de que Florrie no se hallaba con los mecánicos.

Estos parecían muy ocupados en una extraña tarea. Uno de ellos

estaba inclinado sobre el motor, mientras que el otro le contemplaba con singular interés. Ransome se hallaba todavía a seis u ocho metros de distancia, un espacio insalvable con la sola arma que era aquel pedazo de tubo.

De pronto, se le ocurrió una idea. Agachándose tras un espeso arbusto, asomó el extremo del tubo entre las hojas y lanzó un fuerte grito:

—¡Eh, amigos! Miren hacia aquí, por favor. Esto que les apunta es un rifle cargado con balas. Apretaré el gatillo, si no hacen en el acto lo que les ordene.

La sorpresa de los dos sujetos fue enorme. Ransome continuó:

—Salgan con las manos bien separadas del cuerpo y no intenten nada sospechoso o se llevarán un disgusto. El rifle es semiautomático, lo que significa que puedo hacer dos disparos en un solo segundo.

Los dos hombres obedecieron instantáneamente. Ransome dio una nueva orden:

—Con cuidado, sin hacer nada que me ponga nervioso... Saquen sus pistolas y tírenlas al suelo. ¡Ahora! —rugió.

El mandato fue acatado sin discusión. Ransome decidió permanecer en el mismo sitio, a fin de evitar que aquellos individuos se percatasen del engaño.

—Una pregunta, por favor, amigos. ¿Para quién trabajan?

Hubo un instante de silencio. El joven agregó:

—Tienen, exactamente, cinco segundos para darme la respuesta. Si no lo hacen, romperé una pata a uno de ustedes... El que está a la derecha, por ejemplo...

—¡No, no dispare! —gritó el aludido—. Se llama Rocky Baystone y nos encargó seguir a la señorita Florrie, aunque no sabemos para qué...

—¿Dónde vive Baystone?

—Vino a vernos en un bar que se llama El Cuervo Tuerto, en la calle Treinta y dos. No sabemos más, se lo juro.

—Está bien, lárguense inmediatamente.

Los dos sujetos escaparon a la carrera. Momentos después, Ransome, satisfecho, oía el rugido del motor de un coche que arrancaba a toda velocidad.

En la casa, al parecer, no se habían dado cuenta de nada. Ransome se incorporó y entró en el cobertizo.

Había algo que le intrigaba sobremanera. Aquellos sujetos habían estado haciendo algo en el motor de un coche, cuya reparación, según parecía, debía de resultarles tan difícil como hablar chino. Al inclinarse hacia el interior del vehículo, vio algo que le puso los pelos de punta.

En aquel instante, oyó la sorprendida voz de la muchacha:

—¡Bill! ¿Qué haces aquí? ¿Dónde están los mecánicos?

Ransome se incorporó lentamente. Su rostro estaba ceniciento.

—No eran mecánicos —contestó—. Mira sus pistolas, están en el suelo.

Ella bajó la vista y emitió una interjección de asombro.

—Pero ¿qué pasa aquí? —exclamó.

—¿Pasar? —rió él amargamente—. Esos «mecánicos» te han puesto cuatro hermosos cartuchos de dinamita, conectados, indudablemente, al arranque del motor.

Los ojos de la chica se dilataron enormemente. Corrió hacia el coche y miró hacia abajo. Luego, con cierta tranquilidad, se volvió hacia Ransome.

—De todas formas, no habrían conseguido nada. Sólo quería que reparasen el motor para poder venderlo...

—Pero lo habrías probado antes, ¿no?

—Eso sí es cierto.

—Ellos se habrían marchado. Tú creerías que ya te habrían arreglado el motor, habrías dado el contacto para probarlo y...

—Bill —dijo ella con voz débil—, en tal caso, ¿dónde están los verdaderos mecánicos?

—Ahí, afuera, en su furgoneta, atados como salchichones. Luego te contaré lo que ha pasado, pero ahora creo que debo salir a soltarlos y, además, pedirles que no digan nada de lo ocurrido. Esconde las pistolas y luego quita los cartuchos, ¿estamos?

—Sí, lo haré ahora mismo, pero tienes que explicarme...

—Más tarde. Oye, ¿tienes café en casa?

—Por supuesto.

Ransome echó a andar.

—En seguida vendré a tomar una taza. Ah, y échale unas gotas de whisky; lo estoy necesitando... más que un vaso de agua en polvo.

Más tarde, mientras los mecánicos actuaban sobre el motor, Ransome relató a Florrie y a su asombrado padre lo que había sucedido. Turple no podía creer en lo que contaba el joven.

—Eso ha sido cosa de su tío, papá, no le des más vueltas —dijo ella acaloradamente—. Es un mal bicho...

—Florrie, mi tío puede tener millares de defectos, pero entre ellos no figura el de asesinar a mujeres indefensas, ni siquiera a rivales en el negocio o antiguos ejecutivos que no trabajan ya para él.

Ransome se levantó en el acto, después de aquella enérgica protesta. Miró un instante al padre de Florrie y añadió—: Retiro lo que dije antes, señor. Por nada del mundo querría casarme con su hija. No soy desbravador de yeguas salvajes ni pienso domar a esa fierecilla. ¡Buenos días!

Florrie se quedó con la boca abierta.

—Pero ¿qué he dicho yo? —exclamó, desconcertada.

El señor Turple volvió a cargar su pipa con flemáticos ademanes.

—Hija, yo no entiendo mucho de esas cosas, pero si hay en este mundo un hombre que te conviene, es Bill Ransome —dijo.

CAPÍTULO VII

Llegó a su apartamento con los nervios de punta y decidió tomarse una buena ducha, a fin de relajarse. Al terminar, cuando se sintió un poco mejor, se puso una bata y decidió que debía tomar un bocadillo para reponer fuerzas.

Cuando se dirigía a la cocina, oyó un ruidito extraño en la puerta. Intrigado, volvió la cabeza y le pareció ver que el pomo giraba lentamente.

En cuatro zancadas, se situó al otro lado, justo cuando alguien abría y asomaba la cabeza con precaución. Luego, el intruso dio un par de pasos adelante y entonces sintió el contacto de algo frío en su cuello.

—Un solo movimiento y te frío —dijo Ransome con voz truculenta, sin dar a entender que la supuesta pistola no era sino un encendedor cilíndrico que había sacado del bolsillo de su bata.

El sujeto, un menudo hombrecillo de apariencia más bien insignificante, se estremeció de pánico.

—Por lo que más quiera, no dispare...

—¿Quién diablos eres? —preguntó el joven.

—Me llamo Chick Foran, señor... No he venido a hacer nada malo, se lo juro...

—Conque no has venido por nada malo y entras sin llamar, seguramente con una llave falsa o una ganzúa, ¿eh?

—Bueno, la verdad es que me pagaron...

—¿Te pagaron? ¿Quién?

Foran vaciló.

—No sé si debo... —se lamentó.

—Alguien te ha dado dinero, Chick. ¿Qué ibas a hacer en mi casa?

—Si quiere que sea sincero, yo no iba a hacer nada malo. Sólo..., sólo tenía que abrir la puerta y luego..., luego hacer una seña a...

—¿A quién, Chick?

—Supongo que no tengo otro remedio que soltarlo —se resignó Foran

—, Floyd Unger, señor. Me pidió que abriese la puerta y que luego le hiciera una señal desde la ventana, para saber así que ya podía él entrar también en la casa. Dijo que tenía que esperar a un amigo y darle una sorpresa...

—Y tú te tragaste el cuento, ¿verdad?

—Hombre...

—¿Cuánto te pagó, Chick?

—Cincuenta «pavos», señor. Soy muy bueno con las ganzúas y Floyd vino a buscarme a casa. Ahora estoy sin trabajo —dijo Foran quejumbrosamente—. Los negocios marchan muy mal y nadie me llama para dar un buen «golpe».

Ransome contuvo una sonrisa, al oír aquellas palabras. «De modo que

Unger está aguardando en la calle, para entrar aquí y esperar mi regreso, con el fin de sorprenderme y realizar la tarea que le correspondió en suerte, cuando sacó aquel maldito as negro», pensó.

—Chick, voy a darte cien dólares, pero tienes que hacer lo que te ordene —exclamó de repente.

—Sí, señor —aceptó Foran en el acto.

—Vamos a acercarnos a la ventana, con discreción. Tú me señalarás a Floyd y, cuando yo te lo diga, le harás la señal para que suba. Soy yo el que quiere darle la sorpresa, ¿entendido?

—De acuerdo.

—Pero te marcharás inmediatamente, antes de que él entre en la casa —añadió el joven.

—Sí, señor, haré lo que usted me diga —contestó Foran con mansedumbre.

—Muy bien, vamos allá, pero no te dejes ver hasta que yo lo diga.

Foran echó a andar y los dos hombres se situaron a un lado de la ventana, ocultos casi completamente por las cortinas. Ransome divisó a un hombre al otro lado de la acera, muy entretenido al parecer, en contemplar los objetos expuestos en un escaparate.

El sujeto era alto, fornido, parecía cetrino de rostro y tenía la mano izquierda metida en el bolsillo de la chaqueta. Una vez se volvió rápidamente y miró hacia la casa, en un movimiento de gran fugacidad, que sin embargo, permitió a Ransome apreciar su rostro cubierto por unas grandes gafas de color. Luego, el hombre se volvió otra vez hacia el escaparate.

Ransome hizo un leve movimiento apreciativo. «Usa el cristal del escaparate como un espejo», adivinó.

—¿Es aquél, el que tiene la mano izquierda en el bolsillo de la chaqueta? —preguntó.

—Oh, no, en absoluto. A ése no le conozco siquiera. Unger está en el coche que hay parado un poco más adelante.

—Ah, entiendo...

Ransome dejó de poner atención en el desconocido y dirigió la mirada hacia el coche señalado por Foran.

—Está bien, hazle la señal.

Foran dio un paso lateral y agitó un pañuelo brevemente.

—Listo, señor.

—Ahora te daré los cien dólares. Primero quiero verle la cara a Unger —contestó el joven.

La puerta del coche se abrió. Unger puso un pie en el suelo. Ransome lanzó una exclamación de rabia, al darse cuenta de que una furgoneta comercial cruzaba en aquellos momentos por delante de Unger, al cual ya no podría ver la cara.

La furgoneta ocultó a Unger unos instantes. Entonces, sonaron varias

detonaciones en rápida sucesión.

—¡Rayos! —gritó Foran—. ¿Qué está pasando ahí?

La furgoneta aceleró súbitamente. Cuando hubo rebasado al otro coche. Ransome pudo presenciar una escena aterradora.

Unger yacía en el suelo, boca abajo, completamente inmóvil. La sangre ya se esparcía por debajo de su cuerpo inerte.

Foran se tapó los ojos.

—¡Se lo han cargado! —gimió.

Ransome procuró recobrar se de la impresión sufrida.

—¿Te había visto alguien con él? ¿Saben otros que Unger te encomendó el trabajo de abrir la puerta de mi casa?

—No, no lo creo...

—Espera un momento, Chick.

El joven fue a su gabinete de trabajo, buscó la billetera y volvió con por el dinero prometido.

—Lárgate y procura olvidar lo ocurrido —dijo.

Foran le dirigió una mirada suplicante.

—Espere... La policía me conoce... Si me ven en las inmediaciones, me echarán el guante y puedo verme metido en complicaciones... Déjeme estar en su casa hasta que se haya pasado todo el jaleo. Después me marcharé y le prometo que no despegaré los labios...

Ransome dudó un momento, pero acabó por acceder a una petición que le parecía razonable.

—Está bien, quédate, Chick.

Luego se acercó a la ventana.

Los curiosos empezaban a acudir. Ransome reparó en un detalle.

El hombre de la mano izquierda en el bolsillo había desaparecido.

* * *

Eran las nueve de la noche y, aunque el día había resultado bastante movido, Ransome se dijo que no debía permitir que acabase la jornada sin haber hablado con Baystone. Quería saber por qué había intentado asesinar a Florrie.

Delante de la muestra de la taberna, se detuvo a la vez que hacía una mueca de disgusto.

—El Cuervo Tuerto, La Rana Loca... Vaya unos nombrecitos —masculló.

Empujó la puerta y creyó que se quedaba sin respiración.

El humo parecía poder cortarse con un cuchillo. En cuanto al olor, más valía no reparar en él.

—Aquí, un arenque podrido haría el mismo efecto que una pastilla de ambientador perfumado —rezongó.

Detrás del mostrador había un tipo mal encarado, con un párpado caído y la barba de varios días. El sujeto le miró críticamente con el

otro ojo.

—¿Whisky?

—Sí —accedió Ransome. No pensaba tomar una sola gota del que supuso sería aguardiente de madera, mezclado con agua coloreada, pero algo había que hacer, para entrar en materia.

Cuando el vaso estuvo sobre el mostrador, lanzó displicentemente un billete de cinco dólares.

—Busco a Baystone —declaró.

—Lo ha encontrado —repuso el del párpado caído.

Ransome dio un respingo.

—¿Usted?

—¿Le enseño mi documentación? —preguntó Baystone, sarcástico.

—Acepto su palabra —dijo el joven, alzando una mano—. ¿Dónde podemos hablar a solas, con tranquilidad y sin testigos?

Baystone señaló con la cabeza una puerta situada al extremo del mostrador.

—Venga —indicó lacónicamente.

El dueño del local llamó a un camarero de aire aburrido para que se hiciera cargo de la barra. Luego abrió la puerta y pasó al interior de lo que Ransome pudo ver era una mezcla de despacho y almacén de trastos viejos.

—Hable —dijo Baystone, después de cerrar.

—Dos tipos quisieron poner dinamita, esta mañana, en el coche de una dama. Quiero saber quién se lo encargó y por qué.

El sujeto le miró fijamente. De pronto, Ransome apreció una extraña sonrisa en su rostro.

—No te molestes en contestarle, Dude —sonó de pronto una voz a espaldas del joven—. Yo daré a este caballero las explicaciones que está deseando oír.

Ransome se puso rígido. Debía haber recordado, pensó, que los falsos mecánicos le habían dicho que Baystone había ido a verles a la taberna; no habían mencionado que fuese el dueño. Pero era ya tarde para rectificar.

—Les dejo solos —dijo el tabernero.

—Gracias, Dude.

Sobrevino un instante de silencio. De pronto, cuando el tabernero pasaba por su lado, Ransome lo agarró por un brazo y tiró de él, a la vez que giraba con violencia.

Sorprendido, el dueño de la taberna no pudo hacer nada y resultó proyectado contra Baystone. Al dar la vuelta, Ransome pudo apreciar una pistola en la mano del segundo, pero en aquel momento, los dos hombres caían en confuso montón al suelo y no se entretuvo a captar más detalles.

—Mi cabeza huele a pólvora —murmuró, a la vez que escapaba a todo

correr.

Detrás de él, sonó una maldición. Cuando llegaba a la puerta de la taberna, volvió un instante la cabeza y divisó a Baystone, que se lanzaba en su persecución. El hombre, sin embargo, había guardado momentáneamente su pistola, pero a Ransome no le cupo la menor duda de que la usaría en cuanto se le presentase una ocasión propicia. De un salto, ganó la calle. Su coche había quedado estacionado a prudente distancia y se preguntó si llegaría antes que Baystone. Sin embargo, no tenía otra alternativa, por lo que echó a correr con toda la potencia de los músculos de sus piernas.

Inesperadamente, oyó un grito de mujer a poca distancia:

—¡Sube, domador!

Ransome se sintió estupefacto. Florrie estaba allí, con su coche y la portezuela abierta. Era imposible rechazar la inesperada tabla de salvación que le ofrecía la muchacha.

Cuando se sentaba junto a Florrie, volvió la cabeza y se sintió aterrado.

Baystone estaba en el centro de la acera, apuntándole con una pistola de pavorosas dimensiones, que sostenía con ambas manos. En el mismo instante, alguien, detrás del sujeto, a cuatro pasos de distancia, disparó dos tiros muy seguidos.

Ransome sintió que el cuerpo se le pegaba al asiento, porque Florrie acababa de arrancar con su brusquedad habitual. Como en una visión cinematográfica, relampagueante, pudo ver a Baystone desplomarse sobre la acera, mientras una sombra oscura corría hacia el cercano callejón.

Pero el coche se alejaba ya de allí con creciente velocidad. «Florrie le había salvado de un gravísimo apuro y debía agradecérselo mientras viviera», pensó.

—Me parece que dos tipos han sacado hoy el as de «pique» —comentó lúgubremente.

Florrie dobló una esquina casi sobre dos ruedas. Alcanzó la siguiente calle transversal y redujo la velocidad, para adaptarla a la del tráfico habitual.

Ransome expulsó sonoramente el aire contenido en los pulmones.

—Por casualidad, y sin que encierre ningún reproche, sino todo lo contrario, ¿te has propuesto convertirte en mi salvadora oficial? —preguntó.

Florrie volvió levemente la cabeza. Ransome apreció en ella una suave sonrisa.

—¿Te molesta?

—Mujer, claro que no. Lo que sí debería molestarme es que me sigas constantemente. ¿Por qué lo has hecho?

—Alguien me telefoneó y dijo que hoy irías al Cuervo Tuerto. Vaya un

nombrécito, ¿eh?

—Creo que algo tiene que ver con el dueño. No es tuerto, pero tiene un párpado caído y casi lo parece. Por su género de vida, desde luego, pertenece a la familia de los córvidos... Eh, oye, has dicho que alguien te informó de mi visita a ese antro. ¿Quién es?

—Lo ignoro. Era una voz de hombre, desde luego, un tanto aflautada, pero eso es todo lo que sé. No me pareció se tratase de una broma, conque decidí venir a ver qué pasaba. Al llegar, estacioné el coche y me asomé un poco a la taberna. Entonces vi que entrabas en un cuarto con un tipo.

—El dueño —puntualizó él—. Me engañó. Dijo que era el hombre al que buscaba y resultó que me había tendido una trampa. Entonces, los atropellé y salí disparado...

—Y yo vi que corrías como si tuvieras detrás de ti el mismísimo demonio y me fui al coche, porque sabía que ibas a verte en un apuro.

—Nada más cierto —convino Ransome—. El tipo tenía una pistola y me perdí todas las ganas que tenía de hablar con él. Por si no lo sabías, te diré que era el que encargó a los otros dos que pusieran la dinamita en el coche.

—De modo que fue él —murmuró Florrie, pensativa—. Y, ¿quién lo mató?

—Eso es algo que no puedo decir. En cambio, creo que Baystone, es el nombre del muerto, tampoco lo hizo por iniciativa propia. Alguien se lo encargó y, como suele decirse, se llevó su secreto a la tumba.

CAPÍTULO VIII

El coche rodó con gradual descenso de la velocidad, y se detuvo en cierto paraje de un parque, en donde la iluminación era poco menos que nula. Florrie sacó cigarrillos, encendió dos y pasó uno al joven.

—Las cosas se ponen peor cada día —dijo, después de expulsar la primera bocanada—. Hoy quisieron matarme con dinamita, después se han cometido dos asesinatos...

—Y todo por una fórmula que es punto menos que la panacea universal, es decir, la medicina que todo lo cura —contestó Ransome.

—No se trata de una medicina, sino de un aparatito que tiene ciertas aplicaciones en el campo de la física... Pero no quiero decir nada más; es algo que debe permanecer todavía en secreto. Lo sabrás cuando haya recuperado el documento que nos falta y que está en poder de tu tío.

—Pero ¿no decías que tu padre podía reproducir el resto de la fórmula?

—Bueno, vale más tenerla ya hecha. Podría sufrir un error y entonces todo su trabajo resultaría inútil. Además, tardaría mucho tiempo y no nos conviene.

—Me gustaría ayudarte, al menos, para agradecer lo que has hecho por mí. ¿Quieres que vaya a pedirle ese documento a mi tío?

Florrie vaciló unos momentos.

—¿Te lo dará? —preguntó al cabo.

—Si no lo intento, no lo sabré.

—Lo consultaré con mi padre. De momento no me atrevo a tomar una decisión sin conocer su pensamiento a este respecto. Es bastante orgulloso y puede que la idea no le guste.

—Está bien. Ya me lo dirás cuando tengas la respuesta. Pero ahora, supongo, creo que te gustaría saber por qué Baystone ordenó a dos tipos que pusieran dinamita en tu coche.

—No estaría de más, aunque desconozco el procedimiento, Bill. ¿Qué piensas hacer?

Ransome consultó la esfera luminosa de su reloj.

—Todavía queda tiempo —respondió—. Hemos de hacer una incursión nocturna y ha de ser cuando el tipo esté durmiendo.

—Quieres sorprenderle, ¿eh?

—Si fuese ahora, no conseguiría nada. Además, debe de quedar gente todavía... Mejor a la madrugada, Florrie. Espero que el señor Turple no se enfade porque su hija llegue a casa fuera de la hora habitual.

—El señor Florrie, caballero anticuado, es un hombre liberal y comprensivo, que me considera ya una persona adulta y, en ciertos aspectos, no me formula la menor advertencia ni el menor reproche. ¿Lo has entendido, pedazo de estúpido?

Ransome se frotó la mandíbula con aire pensativo.

—De modo que el señor Turple no es un padre a la antigua, que vigila los menores movimientos de su hija, ¿eh?

—Así es, aunque te cueste creerlo —respondió Florrie orgullosamente.

—Bueno, bueno, es una noticia altamente confortadora. Florrie, preciosa, ¿quieres mirarme un momento?

Ella volvió la cabeza y, en el mismo instante, se sintió fuertemente abrazada. Sin poder evitarlo, notó en sus labios el contacto de los de Ransome.

La misma sorpresa por el gesto inesperado paralizó sus reacciones. Ransome no cedía y, al cabo de unos momentos, Florrie, disgustada consigo misma, empezó a darse cuenta de que aquello le estaba gustando.

Durante unos momentos permanecieron en la misma postura. La mano izquierda de Florrie ascendió hasta la nuca del joven y se crispó sobre sus cabellos. Ella notó una mano que subía por la cintura hacia arriba y empezó a sentirse desfallecer.

Repentinamente, se separó del joven y se atusó el cabello.

—No perdamos la cordura, Bill —dijo con voz entrecortada.

—A mí me gustaría perderla del todo contigo —sonrió él.

—¿Me consideras domada?

—Domar un potro salvaje, incluso uno nacido en un establo, no es cosa de un día precisamente. Pero por algo hay que empezar, ¿no te parece?

—No te las des de vencedor. También los caballos salvajes, a veces, tienen momentos de mansedumbre. Y, dejando este tema a un lado, ¿cuándo iniciamos la incursión al Cuervo Tuerto?

Ransome se retrepó en el asiento.

—Es preciso aguardar todavía un buen rato —contestó.

* * *

Chick Foran protestó airadamente cuando fue despertado pasadas las dos de la madrugada. Florrie arrugó la nariz al ver el tugurio en que vivía el sujeto, aunque no hizo el menor comentario.

Ransome acalló sus protestas por el procedimiento de abanicarle con dos billetes de cincuenta dólares.

—Te necesitamos, Chick —dijo, lacónico.

Foran bizqueó para ver mejor los billetes.

—¿Qué pasa? —inquirió.

—Termina de vestirme y ven con nosotros —respondió el joven.

Foran asintió y fue al dormitorio, para regresar a los pocos momentos.

—¿Tienes tus «herramientas» de trabajo? —quiso saber el joven.

—Claro. Me figuré que no iban a llevarme a una fiesta social —contestó el hombrecillo—. ¿Dónde es la tarea?

—Ya lo sabrás en su momento.

Foran miró un instante a Florrie.

—De modo que ésta es su chica —dijo.

—Todo se irá, Chick —contestó Ransome alegremente.

—Preciosa, una verdadera preciosidad. ¿Por qué no recetarán los médicos chicas como la suya para los hombres solitarios?

Ransome volvió los ojos hacia Florrie, que aparecía colorada hasta las orejas, aunque no quiso avergonzarla, lanzando la estruendosa carcajada que hubiera soltado en otro momento. Agarró su brazo y la empujó hacia la salida.

Cuando estuvieron en el coche, Foran en el asiento posterior, Ransome se volvió hacia él.

—Tú fuiste quien la avisó que iría al Cuervo Tuerto, ¿eh?

—Así es. Uno anda por ahí, ve a la gente, oye cosas... y luego saca conclusiones. Su chica vale un montón de dinero, ¿no es verdad?

—Para mí, más que todo el oro del mundo, pero si te refieres a otra clase de valor, puede que no sea tanto como te imaginas —declaró Ransome.

—Sobre eso, no puedo decirle nada más, es todo lo que sé.

—En cambio, quizá sepas quién disparó contra Baystone.

Foran hizo un gesto de duda.

—No estoy seguro, aunque yo diría que pudo ser Macenny *el Dragón*

—contestó—. No es que sea un profesional, pero, vamos, si se le paga bien...

—¿Por qué tuvo que ser él, Chick?

—Creo que había tenido en tiempos diferencias con Baystone. Alguien debió de enterarse y aprovechó la ocasión, para, como se dice, matar dos pájaros de un tiro. Es decir, contentar a Macenny y quitarse un estorbo de en medio. El Dragón vive muy cerca y le resultaría fácil volver a su casa en menos de un minuto. Su fulana diría que no se había movido de allí y... ¿Lo entiende?

—Sí, perfectamente.

—Creo que voy a volverme loca con tanto nombre y tantos detalles de gente del hampa —intervino Florrie—. En mi vida me había imaginado pasar alguna vez por una situación semejante, créanme los dos.

—Muchacha, alguien puso dinamita en tu coche y no lo hizo precisamente para celebrar tu cumpleaños con fuegos artificiales —dijo Ransome con severo acento—. La cosa se puede repetir y creo que debemos evitarlo a toda costa.

—Pero tú también...

—Lo mío parece haber caído en un letargo, del que puede salir en cualquier momento, pero, por ahora, me preocupa menos que lo que te pueda pasar a ti, ¿comprendes? —dijo Ransome.

—¿También andan detrás de usted? —preguntó Foran.

—¿Para qué creías que Unger quería entrar en mi casa? Le tocó en el sorteo que organizó un tal Jackson Kelty...

—¡Cristo bendito! —exclamó el ladrón—. Si Kelty ha puesto los ojos en usted, ya puede considerarse como muerto. Señorita, díglele a su hombre que emigre a la Patagonia o al Polo Sur; es la única forma de que pueda tener con él media docena de hijos.

—¡Ni uno solo! —protestó Florrie vivamente—. Por nada del mundo, querría casarme con este tipo...

—Bueno, es que para eso tampoco hace falta estar casada —rió Foran.

—Bill, por lo que más quieras, haz callar a este insolente o tendréis que salir del coche los dos —dijo ella con furia en la voz.

Ransome se cruzó de brazos.

—Lo que estaba diciendo Chick me encanta particularmente y no pienso hacerle callar. Además, le necesitamos. Cuando hayamos terminado con Dude, el dueño de El Cuervo Tuerto, nos separaremos, si tú quieres. Y no volveré a molestarte más, te lo prometo. —El joven se volvió hacia Foran—. Chick, Dude, ¿qué más?

—Jinks —respondió el interpelado.

—Está bien. Vamos a ver qué nos cuenta Dude Jinks acerca de sus relaciones con un tipo que, en estos momentos, se encuentra sobre una mesa de frío mármol. No entró en el sorteo, pero esta noche, sacó un as de «pique».

* * *

La taberna tenía una puerta trasera, cuya apertura resultó un juego de niños para Foran. Cuando ya cruzaban el umbral, Foran puso algo en las manos del joven.

—No la necesito —dijo Ransome, al rechazar la pistola que le ofrecían.

—Es de imitación, pero él no lo notará —aconsejó Foran.

—Está bien, gracias.

Foran ascendió en primer lugar al piso superior, donde Jinks tenía su dormitorio, alumbrándose con una linterna de mano. Al llegar a una puerta del corredor, se detuvo y puso un dedo ante sus labios.

—Silencio —indicó en voz muy baja.

Una ganzúa abrió rápidamente la puerta. Ransome asomó la cabeza y, a la luz de la linterna del ladrón, pudo ver a un hombre en la cama, boca arriba, roncando estrepitosamente.

Junto a la cama, se veía caída una botella mediana de licor. Florrie se tapó la nariz con dos dedos.

—Parece que estemos en una cloaca —comentó.

—Una cloaca resulta un palacio al lado de esto —dijo Ransome ácidamente.

Encendió la luz. Jinks no pareció darse por enterado y continuó roncando.

—Yo le despertaré —dijo Foran.

Fue al baño contiguo y volvió con un cubo lleno de agua, que arrojó sin más preámbulos sobre el durmiente. Jinks se agitó espavorido, tosiendo y gritando obscenas imprecaciones contra el atrevido que le había despertado de forma tan poco agradable.

—No era agua en polvo —rió Florrie.

Ransome puso la pistola bajo la nariz del tabernero.

—Escúchame bien, Dude —dijo, amenazador—. Vas a hablar, aunque no te guste, y tendrás que hacerlo o meteré una bala en tu puerca sesera. ¿Me has comprendido?

Jinks, empapado de agua, miró al joven con ojos aterrados. Le había reconocido y Ransome se dio cuenta de que el hombre estaba bajo un ataque de pánico.

—No..., no sé de qué se trata...

—Estás mintiendo. Te has emborrachado, porque Baystone murió a la puerta de tu casa y tú tenías miedo. Pero esta pistola es algo seguro, en tanto que la del asesino de Baystone no está a la vista.

—Bueno, si sé algo... lo diré...

—Baystone encomendó a dos tipos que pusieran dinamita en el coche de la dama que me acompaña. ¿Sabes quiénes son?

—No tengo la menor idea. Es la primera vez que oigo hablar de una cosa semejante —respondió Jinks.

Ransome dedujo que el tabernero, probablemente, decía la verdad. Pero había sido amigo de Baystone.

—Fue Baystone, sin duda, el que les ordenó realizar el trabajo, pero a él se lo encargó alguien. ¿Qué sabes sobre el particular?

Jinks calló un momento, como si tratase de recordar algo. Al fin, dijo:

—No conozco su nombre ni le había visto en mi vida.

—Ah, entonces, has podido verle —exclamó el joven.

—Sólo una vez. Baystone y él estaban hablando fuera, en la calle. El otro le entregó un sobre. Después, vi que Baystone tenía un buen fajo de billetes. Eso es todo lo que puedo decirle.

—¿No te dijo su nombre?

—No. Tampoco se lo quise preguntar; ciertos negocios son muy discretos y Baystone tenía un genio infernal. Lo único que le oí comentar era la desgracia que le afligía a su amigo. Había sufrido un accidente, de resultas del cual, le había quedado una parálisis parcial en el brazo izquierdo. No sé más, puedo asegurárselo.

Ransome se sintió acometido por una súbita inspiración al oír aquellas palabras.

—Ese individuo, bastante alto y hasta elegante, ¿tenía la mano izquierda en el bolsillo de la chaqueta? —preguntó.

—Sí, ahora que lo dice, recuerdo que estuvo así todo el rato —contestó Jinks.

—Está bien, es más que suficiente. —Ransome agitó la pistola—. Gracias por todo y, acuérdate, si quieres conservar el pellejo, cierra el pico y no comentes con nadie nuestra visita.

—Callaré, lo juro —aseguró el tabernero, todavía con el susto en el cuerpo.

Ransome hizo una seña y Florrie y Foran retrocedieron hasta la puerta. Momentos más tarde, estaban los tres nuevamente en el coche de la joven.

—¿Y ahora, Bill? —preguntó ella.

—¡Ahora, a dormir todo el mundo!

—¿Cada uno en su camita? —preguntó irónicamente Foran.

—Por fortuna —respondió Ransome, con la menor ironía en la voz.

CAPÍTULO IX

Norton Cawnbore se detuvo en el umbral de su gabinete de trabajo, con la cabeza vuelta hacia el amplio vestíbulo de la casa.

—James, la cena dentro de treinta minutos, por favor —ordenó.

—Bien, señor —contestó el mayordomo.

Cawnbore entró, dio unos pasos y se detuvo al ver la nubecilla de humo que surgía del respaldo de su propio sillón, vuelto hacia el cuadro que ocultaba la caja fuerte.

—Pasa, pasa, tío —sonó la voz de Ransome—. A fin de cuentas, ésta es tu casa, creo.

—Despediré a James. No me avisó de tu presencia en la casa, Bill —dijo Cawnbore heladamente.

—No lo harás. Tú le indicaste en cierta ocasión que debía obedecer en todo tus órdenes y las mías. Y yo le ordené que guardara silencio, ¿estamos?

Ransome hizo girar el sillón de pronto y quedó situado frente al dueño de la casa. El pulgar derecho señaló a sus espaldas.

—Abre la caja, tío —continuó—. Guardas ahí cierto documento que no te pertenece y quiero que me lo entregues.

—¿Por qué no la abiertes tú? Conoces la combinación...

—Eso que hay ahí no es mío; por eso te lo pido. Cuando la abrí, días atrás, había algo que sí me pertenecía. Además, quiero que me lo entregues por tu propia voluntad.

—¿Y si me niego?

—No puedes negarte. No es tuyo. Lo conseguiste con malas artes y tienes que hacer una buena obra, devolviéndolo a su dueño.

—¿Te encargarás tú de su devolución?

—En persona,

Cawnbore soltó una risita maliciosa.

—Esa chica te ha sorbido el seso, ¿eh?

Ransome alzó las cejas.

—Diríase que la conoces, tío.

—La he visto un par de veces. Una auténtica belleza, Bill.

—Gracias, le transmitiré tus elogios. Y ahora, ¿quieres darme el documento?

El dueño de la casa demoró la respuesta unos instantes, mientras miraba fijamente a su sobrino.

—Respecto a la chica, ¿qué intenciones tienes? —preguntó.

—¿Estás pensando ya en el regalo de bodas?

—Ah, piensas casarte...

—Es una posibilidad.

Cawnbore suspiró.

—Te lo daré —se decidió finalmente—. Pero es como si me arrancases

un brazo...

—Tío, a causa de esos documentos, alguien puso cuatro cartuchos de dinamita en el coche de Florrie Turple —dijo el joven gravemente—. Quiero que ella y su padre recobren cuanto antes lo que les pertenece, a fin de evitar más contratiempos. El peligro cesará una vez haya sido registrada la patente, ¿comprendes?

—De acuerdo, Bill. Si no estás muy enojado conmigo, puedes decir a James que ponga otro cubierto para la cena.

Ransome ocultó una sonrisa. Realmente, apreciaba muchísimo a su tío, quien había sido el padre al que nunca había conocido, aunque muchas de sus intemperancias le resultaban insoportables. Y, desde luego, no pensaba volver a trabajar a su lado.

—Tengo mucho apetito, en efecto —contestó llanamente.

Cuando salía de la casa, un par de horas más tarde, vio a un hombre al otro lado de la acera.

Tratábase de una avenida amplia y el sujeto estaba situado en la zona intermedia de dos faroles. Apenas le vio, el hombre, que tenía la mano izquierda metida en el bolsillo de la chaqueta, subió al coche que estaba junto a él y agitó la mano sana para que el conductor lo pusiera en movimiento.

Ransome, preocupado, frunció el ceño. Había reconocido al sujeto y le pareció que también conocía al chófer. Era, muy posiblemente, uno de los que habían puesto la dinamita en el automóvil de carreras de Florrie.

Por un momento, pensó en seguir al enigmático individuo, pero desistió en el acto. Al menos, su chófer debía de ir armado y él ni siquiera llevaba encima la pistola de juguete que le había entregado Chick Foran.

—Volveremos a vernos, Manco —dijo, aplicándole un apodo que le pareció apropiado a las circunstancias.

* * *

Desde el lugar en que se hallaba, Ransome pudo ver a Florrie, que ofrecía un aspecto encantador, con una cinta roja en torno al pelo, blusa de manga corta y unos breves pantaloncitos blancos, completado el atavío con unas sandalias sin tacón. Florrie tenía las manos protegidas por unos gruesos guantes y, con ayuda de unas tijeras de jardinería, parecía estar limpiando el jardín de las malas hierbas.

De pronto, se le ocurrió una idea. Ella estaba vuelta de espaldas y ni siquiera se había apercebido de su presencia.

Un minuto más tarde, Florrie se agachó adoptando una postura particularmente atractiva. Una flecha entró volando en el jardín y alcanzó aquel seductor blanco.

Florrie lanzó una exclamación de sorpresa y se volvió en el acto. La

segunda flecha siguió a la primera, instantes más tarde y Ransome lanzó todavía dos más.

—¿Qué es esto, Bill? —preguntó ella, muy intrigada.

Ransome avanzó, con un sobre alargado en la mano derecha.

—El documento que os faltaba —dijo—. Consta de cuatro folios y lo he traído en este sobre. Perdona, pero cuando te vi agachada, de espaldas, no me pude contener...

—Apostaría algo a que te hubiera gustado enormemente darme otra zurra ahí —dijo Florrie.

—¿Y a quién no? —sonrió él.

Ransome se inclinó, recogió las flechas y, después de alisarlas convenientemente, volvió a meter los papeles en el sobre, poniéndolo en manos de la muchacha.

—Listo, documentación completa —dijo.

Florrie entornó los ojos.

—¿Cómo lo has conseguido? —quiso saber—. ¿Has abierto de nuevo la caja fuerte de tu tío?

—No. Se lo pedí a él directamente.

—¿Por qué? Conocías la combinación...

—El dinero que me llevé era mío, legítimamente. En cambio, este documento no me pertenecía.

—Comprendo. Quisiste obligarle a que lo devolviera por propia voluntad; pero ¿no lo habrá considerado una humillación?

—Hacer una buena obra no es nunca una humillación, Florrie.

—¡Ja, ja! —rió ella sarcásticamente—. No me digas ahora que tu tío se ha vuelto un filántropo. ¿No te pidió nada a cambio del documento?

—Sólo me pidió una cosa, pero, en vista de las circunstancias, temo que no voy a poder dársela.

—Me siento muerta de curiosidad, Bill. ¿Qué te pidió el viejo chacal?

—Permiso para hacerme un regalo de bodas, pero le diré que se ahorre el dinero que pensaba gastarse. Adiós, Florrie.

Ransome dio media vuelta y se encaminó hacia la salida. Florrie, tras unos instantes de indecisión, corrió hacia él.

—¡Espera, hombre! No seas tan susceptible, por favor. No te tomes las cosas tan a pecho. Quédate a tomar algo con nosotros... A papá le encantará conocer la noticia...

Ransome dirigió una larga mirada a la muchacha.

—Lo siento, tengo algo que hacer... y no voy a decirte de que se trata, para evitarte el trabajo de tener que salvarme la vida.

—Vas a alguna parte, Bill —adivinó ella.

—Sí, en efecto.

—¿A quién buscas ahora?

—Alguien sorteó mi piel y todavía no he hecho gran cosa sobre el particular. Pero sé de un tipo que es posible esté relacionado con el

asunto y voy a ver si soy capaz de encontrarlo.

—Déjame acompañarte.

—No, no quiero.

—¿No confías en mí?

—Prefiero no responder. Creo, además, que ya he reparado la injusticia que cometió mi tío con vosotros, de modo que es muy posible que no volvamos a vernos. Adiós, y esta vez es de veras, Florrie.

La chica se quedó parada en el centro del jardín. Vio desde allí a Ransome subir a su coche y arrancar en el acto, y pateó el suelo con furia.

—¿Por qué no te has ido con él, hija? —sonó de pronto la voz de su padre.

—No ha querido que le acompañase... y no estaba segura de desearlo yo misma —contestó Florrie secamente.

Volviéndose en redondo, puso el sobre en manos de su progenitor.

—Aquí tienes el documento que faltaba, papá. Bill se lo pidió a su tío y me lo ha traído.

—No me lo puedo creer —exclamó Turple—. De modo que, al fin, Cawnbore ha cedido...

—Sí, pero no creas que has ganado la partida, papá.

—¿Por qué, Florrie?

—La patente será tuya, desde luego, pero ¿qué harás sin el capital necesario para iniciar la producción?

—Puedo pedir un préstamo...

—Nadie te dará un centavo sin saber de qué se trata. El único que querría hacerlo, tal vez, es Cawnbore. Y, estoy segura, te impondría unas condiciones leoninas. ¿Estarías dispuesto a ello, papá?

—Será cuestión de pensar mucho el asunto y discutirlo después. Pero antes, lo más importante, es enviar toda la documentación al Registro de Patentes.

Florrie volvió a su trabajo.

—No te olvides de sacar antes un triple juego de fotocopias —aconsejó—. Hazlo en presencia de tu abogado y que te guarde él uno de los juegos. Los otros dos se pueden repartir en dos cajas distintas, en sendos bancos. De este modo, quedamos a cubierto de posibles eventualidades.

Los ojos de Turple chispearon de admiración.

—Hija, no sé qué haría este despistado investigador sin ti —exclamó alegremente.

CAPÍTULO X

Chick Foran abrió la puerta, se embolsó los cien dólares que le daba Ransome y se marchó, no sin antes formular una recomendación: —Tenga cuidado con esa pájara. Cuando se pone furiosa, resulta un monstruo.

—Tengo algo que amansa a las fieras —dijo Ransome riendo.

Foran le miró de arriba abajo y asintió.

—No me cabe la menor duda —se despidió.

Ransome entró en el apartamento y buscó un lugar donde acomodarse y aguardar la llegada de su dueña. Foran no sabía que la conocía y por ello le había dado informes tan poco recomendables.

Había un diván bastante cómodo y se sentó, apoyando la cabeza en el respaldo, para entregarse a sus reflexiones. Casi se había dormido cuando, de repente, oyó el ruido de la puerta que se abría.

Molly Brent entró y sacudió las piernas sucesivamente, para enviar los zapatos por los aires, con un gesto de notorio cansancio. Ransome se había situado en el extremo del diván, junto a una lámpara de pie, que no había encendido, y por ello, Molly no se había percatado aún de su presencia.

La rubia dejó el bolso sobre una silla y luego se quitó la falda en el mismo sitio. A continuación, empezó a desabotonarse la blusa transparente que solía llevar de forma habitual.

Debajo no llevaba nada. Molly quedó sólo con los pantaloncitos de encaje y el liguero. Lanzó un suspiro y se acercó a la mesita que había junto al diván, de la que cogió un cigarrillo que se puso en los labios. Cuando iba a encenderlo, todavía algo inclinada hacia adelante, vio al joven.

Molly quedó en la misma postura, con el cigarrillo colgado de los labios y los ojos muy abiertos.

Ransome sonrió.

—Ven, siéntate a mi lado —invitó—. Tienes cara de cansada. ¿Quieres que te prepare algo de beber?

—¿Cómo has entrado aquí? La cerradura es especial, a prueba de ladrones...

—No de ladrones amigos —rió él—. Anda, acomódate, yo te serviré un trago. ¿Qué te pasa? ¿Por qué te has fatigado tanto?

Molly se sentó en el diván y puso los pies encima de la mesita.

—El asunto está muy mal. No se encuentra trabajo, Bill.

—Eres guapa, estás bien dotada por la naturaleza y, supongo, debes de ser muy experta. ¿Cómo es posible que, en esas condiciones, no encuentres clientes?

—Estos días ha habido bastante jaleo por el barrio. La gente, en estas circunstancias, se retrae.

—Comprendo. —Ransome le entregó el vaso y se sentó en la mesita, junto a sus pies y frente a ella—. Dime, Molly, ¿no han vuelto a molestarte los chicos de Kely?

—No, aunque es cierto que Hugo vino a buscarme y me sorprendió, pero le dije que tú eras un marinero de paso y que te habías embarcado de nuevo, para un viaje a Australia y el Japón, y que estarías fuera unos cuantos meses.

—Chica lista —sonrió el joven—. Eso merece un premio, de veras. Y lo tendrás, te lo aseguro.

—Gracias, aunque me imagino que no has venido aquí solamente para recompensarme por lo que he hecho en tu favor. ¿Qué quieres de mí, Bill?

Ransome pareció meditar un momento. Luego dijo:

—Es alto, fornido, más a menos como yo, aunque me parece que debe tener unos diez años más. Sufrió un accidente y le ha quedado una especie de parálisis en el brazo izquierdo, por lo que suele llevar la mano del mismo lado metida en el bolsillo izquierdo de la chaqueta. ¿Lo conoces?

—No —respondió Molly instantáneamente.

—Lo siento. Pensé que tú...

—Hijo, ¿acaso habías creído que todos los hombres de la ciudad han pasado por este apartamento? —exclamó ella desenvueltamente.

—Mujer, claro que no, pero sales mucho, hablas con unos y con otros, y tal vez has oído...

—Repito que no lo conozco. Te lo diría, en tal caso; tú me has caído simpático y... Bueno, ya ves mi pinta y cómo estoy ahora. Otro cualquiera se habría lanzado sobre mí como un toro en celo...

—¿Y quién te garantiza que no lo hago cuando hayamos terminado de hablar? —rió el joven—. Pero todo debe seguir un orden y hablar contigo de ciertos asuntos es más interesante. Dime, ¿qué sabes del tipo que disparó contra Baystone?

—Por ahí se rumorea que lo hizo Kipp Macenny *el Dragón*. La policía le interrogó, pero pudo probar su coartada.

—Es lo mismo que había oído yo, aunque no sabía que la policía le hubiese interrogado. Sin embargo, alguien anticipó que dispondría de una coartada. ¿Tienes idea de quién le encargó el «trabajito»?

Molly sacudió la cabeza.

—Tendrás que preguntárselo al propio Macenny y, créeme, en tu lugar, yo me cortaría el cuello antes que enfrentarme a ese tipo.

—Sí, algo me han dicho sobre el particular. Pero, de todos modos, tendré que arriesgarme a su cólera. Otra cosa más, Molly. ¿Dónde puedo encontrar a Jackson Kely?

—Vive en una bonita casa, al final de Marston Avenue. Pero hay perros feroces, más sus matones...

—Tengo que verle —dijo el joven con el ceño fruncido—. Quiero que me diga por qué desea matarme y qué demonios le he hecho yo para que le estorbe tanto mi presencia en este asunto. Y ahora, dime dónde vive Macenny.

Ella se lo indicó. Ransome se puso en pie y Molly se levantó también rápidamente.

—¿Tienes prisa? —inquirió.

—Bueno, yo...

Molly se le acercó, ondulando provocativamente, y le puso las manos encima de los hombros.

—Antes dijiste que ibas a darme un premio —sonrió.

—Pensaba darte doscientos...

—Quiero otra cosa, Bill —pidió Molly ardientemente.

Era una mujer muy atractiva, a pesar de su apariencia un tanto basta, y Ransome no era de piedra, precisamente.

—Tendrás el dinero, a pesar de todo, pero no por lo que va a suceder, sino por lo que has hecho en mi beneficio —dijo Ransome.

* * *

Cuando salía de la casa vio un coche conocido estacionado a poca distancia. La conductora se había dormido en su asiento y Ransome, sonriendo, abrió sin hacer ruido y se sentó a su lado.

Florrie percibió una presencia extraña y se sobresaltó.

—Tengo una pistola en el bolso —dijo—. Salga de aquí inmediatamente o...

Ransome se echó a reír.

—Eso no es cierto y tú lo sabes, pequeña yegua salvaje —contestó.

—¡Bill! —exclamó ella—. ¿Cómo es que has tardado tanto?

—Ah, has estado aquí todo el tiempo...

—Sí, te vi entrar en la casa y, a poco, llegó una furcia...

—¿Cómo sabes que estaba en su apartamento? —se extrañó el joven.

—Primero, ibas con Foran. Segundo, vi la luz que se encendía en una ventana en penumbra. En total, has estado más de tres horas.

—Justo el tiempo de proyección, Florrie.

—¿Cómo? —preguntó ella, estupefacta.

—Esa dama tiene un vídeo y había comprado la «cassette» de *Guerra y Paz*, que tiene tres horas de duración. Me invitó a ver la película y accedí de buena gana.

—Pero entonces tendrías que haber ido con ella...

—Me dijo que la esperase en casa. Foran llevaba su llave y fue luego a devolvérsela, porque ella tenía cierto trabajo que realizar y no podía abandonarlo. Cuando llegó, nos dedicamos a ver la película y eso es todo.

Florrie le miró con desconfianza.

—Eres un tremendo embustero, pero no me importa —dijo—, A fin de cuentas, ¿qué hay entre tú y yo?

—Una relación de negocios, Florrie.

—¿Qué negocios?

—Pueden ser de muchas clases: financieros, literarios, amorosos...

—Rechazo toda posible asociación en cuanto a los últimos. De los otros, bien, me parece que tampoco los vamos a tener en común, Bill.

—Los tenemos ya. ¿O si no, por qué has estado esperándome todo el rato?

—Me preocupo por ti. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Bueno, sé que hay un tipo detrás de todo esto, pero ignoro su nombre, aunque espero averiguarlo muy pronto.

—¿Cuándo?

Ransome consultó su reloj.

—El tipo a quien voy a ver tiene también cierto trabajo en un local, como matón, naturalmente. El local está a punto de cerrar y él regresará muy pronto a su casa. ¿Quieres acompañarme?

Florrie alargó la mano hacia la llave de contacto.

—¿Hacia dónde, Bill? —preguntó.

Ransome agarró la mano de la muchacha.

—No será necesario —dijo—. Kipp Macenny, alias *el Dragón*, vive a menos de tres manzanas de este sitio. Iremos andando, es lo mejor.

—Como tú digas, Bill.

Kipp Macenny desembarcó de su coche y realizó unas cuantas flexiones con los brazos, como si quisiera distender unos músculos envarados. Luego cruzó la acera y sacó la llave para abrir la puerta exterior.

En el mismo instante sintió en su cuello el contacto de algo frío y duro.

—Kipp, si mueves una sola pestaña te cortaré el cuello a balazos. Permanece como estás y no intentes sacar tu pistola, porque será lo último que hagas en este mundo. ¿Lo has comprendido?

El sujeto se estremeció horriblemente. Luego emitió una maldición en voz baja, apostrofándose por haberse dejado sorprender de forma tan estúpida, pero Ransome hizo presión con su encendedor y Macenny se quedó quieto en el acto.

—Tú mataste a Baystone —acusó.

—Eso no es cierto. Tengo una coartada...

—Conmigo no valen las trampas verbales de tus amigos. Yo sé que liquidaste a Baystone y eso es suficiente para mí. Kipp, prepárate a morir si no me dices quién te lo ordenó.

Hubo un instante de silencio. Luego, Macenny contestó:

—La verdad es que no lo sé. Me dijo que se llamaba Smith y se enojó mucho cuando me eché a reír. Luego me miró de un modo que me dio

frío y...

—¿A ti? ¿Smith te metió el miedo en el cuerpo?

—Aunque no lo crea, así fue. Y tuve que obedecerle.

—¿Por qué?

—Dijo que tenía pruebas contra mí de cierto asunto... Es algo que yo creía olvidado... Bueno, no me quedó otro remedio y, además, me pagó mil dólares...

—Entonces, no se llama Smith.

—Para mí no es ése su nombre, pero si él lo dice, yo no le voy a contradecir.

—Está bien. Dime dónde vive y podrás seguir respirando muchos años.

—No lo sé...

Ransome volvió a apretar el encendedor.

—Kipp, no me hagas perder la paciencia —gruñó.

—Espere —pidió el matón, lleno de pánico—. Ese tipo vive en South Tampa Road, en el número siete mil cuatrocientos veinte. Me hizo ir allí y me enseñó los papeles que me comprometen... Dijo que me los daría si hacía lo que le había ordenado...

—Es curioso. En su lugar, yo no hubiera permitido que supieras dónde vivo.

Macenny se encogió de hombros.

—Fui allí, es todo lo que puedo decir —contestó.

—Bien, ya sólo falta una cosa. ¿Qué aspecto tiene?

—No puedo decirle mucho... Entré en una habitación, él estaba sentado detrás de una mesa y todo el tiempo tuvo la lámpara enfocada hacia mí. No había más luz y sólo pude ver sus manos.

—¿Has dicho sus manos? —respingó Ransome.

—Sí, eso he dicho. Las tenía encima de la mesa...

—Pensé que tenía paralizado el brazo izquierdo —dijo Ransome entre dientes.

—Hombre, ahora que lo dice... Smith no movió la izquierda en ningún momento. Todo lo hacía con la derecha...

Ransome cambió una mirada de inteligencia con la muchacha, que escuchaba atentamente a un par de pasos de distancia. Florrie hizo un leve gesto de asentimiento.

—Perfectamente, Kipp. Y ahora, ¿quieres volverte? Voy a enseñarte la pistola.

Macenny giró lentamente, con las manos en alto. Vio el encendedor, comprendió lo ocurrido y lanzó un rugido de cólera.

Ransome esperaba la reacción del hampón y levantó la rodilla, golpeándole brutalmente en la ingle. Macenny emitió un gruñido de dolor y se dobló hacia adelante. La rodilla actuó de nuevo, ahora sobre la nariz del sujeto, quien se desplomó poco menos que sin

conocimiento, impedido por completo para reaccionar.

Inmediatamente, Ransome agarró la mano de la muchacha y tiró de ella.

—A correr —dijo.

Florrie no se hizo de rogar. En pocos segundos desaparecieron de aquel lugar. Cinco minutos más tarde estaban de nuevo en el automóvil de la joven.

—Bueno, ya sabes quién ordenó asesinar a Baystone —dijo ella—. ¿Has adelantado algo? Aunque me parece que irás a visitarle...

—No, no iré a esa dirección, porque Smith no es tan tonto como para hacer conocer su domicilio a un asesino profesional, que puede hablar, si es descubierto, a fin de obtener una sentencia más benigna. Posiblemente, la casa está abandonada o, por lo menos, deshabitada. Tal vez en venta o alquiler, y él citó allí a Macenny, con la sola intención de mostrarle unos documentos comprometedores, a fin de que no creyera que se trataba de un ardid.

—Entiendo. Pero, en tal caso, ¿por qué hacer matar a Baystone?

—Eso mismo pienso preguntarle a Smith cuando lo encuentre.

—¿Sabrás cómo hacerlo?

—Creo que sí, porque también pienso hablar con Kelty, el hombre que ideó el sorteo para asesinarme.

—Entonces, querrá hacerlo él en persona...

—Lo dudo mucho, pero he de correr ese riesgo.

De pronto, cuando ya doblaban la esquina de la calle en que Florrie había dejado su automóvil, Ransome vio algo que le hizo detenerse instantáneamente. Agarró el brazo de la chica y tiró de ella hacia atrás.

—Cuidado —dijo en voz baja—. Estoy viendo a Smith...

Florrie se sobresaltó. Ransome había asomado un poco la cabeza y vio a dos sujetos que salían de la casa donde vivía Molly.

Smith estaba en pie, junto a su coche, con la mano izquierda en el bolsillo de la chaqueta, como era su hábito. Los dos sujetos se le acercaron y le dijeron algo en voz baja. Inmediatamente, el otro hizo una seña y todos entraron en el coche que había junto a la acera.

—Florrie —dijo Ransome—, ¿te atreverías a seguir a ese coche, sin ser vista?

—Iré con las luces apagadas —contestó ella—. Pero ¿qué vas a hacer tú mientras tanto?

—Esos tipos han estado con Molly Brent y temo lo peor —murmuró el joven con sombrío acento—. Luego, pase lo que pase, iré a verte a tu casa o te llamaré por teléfono. Pero no pierdas de vista a Smith, por lo que más quieras.

La joven echó a correr.

—Hoy mismo saldremos de dudas con respecto a su domicilio —

aseguró.

CAPÍTULO XI

La puerta estaba cerrada con llave y nadie contestaba a sus llamadas. Ransome sintió una especie de garra helada que le oprimía el corazón. —Han asesinado a Molly...

De pronto, oyó ruido al otro lado.

—Molly, no temas, soy yo —exclamó Ransome—. Abre, por lo que más quieras.

Ella abrió, aunque sin soltar la cadena de seguridad. Al ver que el joven estaba solo, la quitó y se apartó a un lado.

—Lo siento, Bill —murmuró con la cabeza baja.

Ransome frunció el ceño. De pronto, puso la mano bajo su barbilla y le obligó a mirarle.

Molly tenía un ojo hinchado, aunque, por fortuna, no ofrecía otras señales de malos tratos.

—Te han pegado —adivinó.

—Fue lo primero que hicieron y ya no me tocaron más, pero uno de ellos enseñó una navaja de afeitar y dijo que me cortaría los pechos en tiras si no hablaba. Compréndelo, Bill, yo tenía un miedo espantoso y lo dije todo...

—¿Sobre mí?

Ella movió la cabeza afirmativamente, muy atribulada.

Ransome sonrió, a la vez que le daba suaves palmaditas en una mejilla.

—No te preocupes, tampoco podías hacer otra cosa. Y yo me alegro infinito que no te haya sucedido nada...

—¡Pero he tenido que decirles quién eras y dónde vives! —exclamó Molly.

—Bueno, repito que no tiene importancia. Ellos me andan buscando y yo los busco a ellos, así que estamos a la par. Cuando los vi salir de la casa, creí que te habrían matado.

—No, pero me amenazaron con liquidarme, si me iba de la lengua...

—Es lógico. De todos modos, no les hagas mucho caso. Pronto los habré puesto fuera de combate, te lo aseguro.

Molly se estremeció.

—¿Piensas...?

—Claro que no, mujer —rió él—. Hay algo que se llama ley y es lo que les aplicarán antes de lo que se esperan. Molly, celebro infinito que hayas salido del paso sólo con un ojo a la funerala.

—Tendré que estar «inactiva» unos cuantos días —se quejó ella.

—Molly, una vez dijiste que querías abandonar esta vida. Cuando ya haya terminado todo esto hablaremos muy seriamente sobre el particular. Ya te buscaré alguna clase de empleo, que te evite tener que salir a la calle todos los días, ¿entiendes?

La rubia le miró con ojos húmedos.

—Nunca te olvidaré, Bill —dijo.

Ransome sonrió, le dio otra palmadita y se marchó a su apartamento. Esperó unos momentos, a fin de dar tiempo a que Florrie llegara a su casa, pero fue ella quien le llamó antes.

—Bill, ya sé dónde vive el manco —exclamó.

—¿Seguro?

—Le he visto entrar en una casa, con sus dos esbirros, y no era precisamente en South Tampa Road —contestó la chica.

—Perfecto, Florrie. Mañana seguiré con este asunto. Hoy ya es muy tarde y yo me siento terriblemente fatigado. Buenas noches, preciosa.

—Di mejor buenos días, domador —rió ella.

Ransome se metió en la cama y, a los pocos momentos, dormía como un tronco. El cansancio le sumió en un sueño muy profundo, del que sólo despertó cuando alguien empezó a hacerle cosquillas en los pies.

—Estate quieta, Florrie...

Alguien soltó una risita.

—Cree que está hablando con su chica, tú —dijo alguien.

—Debe ser un encanto de mujer —contestó otro hombre.

Durante unos segundos, Ransome permaneció inmóvil, encogido en la cama, ya completamente desvelado, pero dándose cuenta de la difícil situación en que se hallaba. Luego abrió un ojo y vio una pistola a pocos centímetros de su cara.

«Aquí se acaba tu historia, Bill Ransome», pensó.

* * *

Pero, con cierto alivio por su parte, la pistola se retiró, aunque sin volver a su funda, y pudo sentarse en la cama. Entonces reconoció a Hugo Vyle, junto al cual se hallaba el tipo de la cara picada de viruelas, a quien había visto el día en que amaneció en el cuartucho al que le había llevado Molly Brent.

Era éste el que sostenía la pistola, pero Vyle llevaba la voz cantante.

—No tema —dijo—. Por ahora, no queremos hacerle ningún daño, a menos que trate de ignorar nuestras órdenes.

—Es decir, debo obedecerles...

—Exactamente.

—Sospecho que quieren llevarme con ustedes.

—Sí, señor.

—Tendré que vestirme.

—Yo le acompañaré al baño —dijo Vyle.

Ransome miró al de la pistola.

—Él cuidará de que no intente correr, ¿verdad?

—Sólo cuando hayamos salido de la casa. Aquí adentro, me encargaré yo de usted, Bill Ransome.

—Gracias, Hugo. Sospecho que van a llevarme a presencia de Kelty, ¿no es así?

—Lo ha adivinado —rió el de la pistola.

—¡Cállate, Ringo! —ordenó Vyle ásperamente—. Vamos, Ransome, no nos haga perder más tiempo.

El joven consultó su reloj.

—Las diez y media de la mañana —murmuró—. He dormido demasiado...

—Se acostó tarde, supongo —dijo el forzado.

—Casi amanecía —contestó Ransome, a la vez que abandonaba la cama.

Media hora más tarde salía, acompañado por los dos sujetos, en una actitud completamente normal. Había un tercer individuo al volante de un coche, en cuyo asiento posterior se sentó flanqueado por Vyle y el otro. El automóvil arrancó de inmediato.

Durante el trayecto, hubo un silencio absoluto. Al fin, el coche se detuvo en un estacionamiento subterráneo, de donde, por medio de un ascensor, subieron los cuatro a un elegante apartamento, situado en la última planta del edificio. Vyle llamó a la puerta, según una señal convenida y, al cabo de unos segundos, pasaron al otro lado.

—¿Está él? —preguntó Vyle al hombre que había abierto.

—En su cuarto de trabajo —contestó el otro.

—Gracias. Vamos, muchacho —dijo el forzado, a la vez que agarraba el brazo de Ransome.

Los otros se quedaron atrás. Ransome sabía que no sería sensato intentar huir. Eran cuatro contra uno y no tenía la menor posibilidad.

Vyle se detuvo ante una puerta, llamó con los nudillos y luego abrió, a la vez que se echaba a un lado y decía:

—Jefe, aquí está Bill Ransome.

El joven avanzó unos pasos y entonces quedó frente al hombre que había ideado el sorteo para su muerte.

* * *

Jackson Kelty estaba sentado tras un lujoso escritorio, en una habitación amueblada con discreción y elegancia. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, que vestía con gran atildamiento y lucía una flor blanca en el ojal de la solapa de su traje.

—Bill Ransome —dijo al cabo de unos momentos, tras estudiar penetrantemente el rostro del joven.

—Desde que nací, señor Kelty —contestó el aludido.

Kelty se puso en pie y se acercó a una mesa con servicio de licores.

—Siéntese, Bill. Si no le importa, vamos a hablar unos minutos.

—Estoy a su disposición, aunque supongo que conozco el tema que quiere discutir.

—¿Se refiere usted a los documentos de Richard Turple?

—No. Hablaba del sorteo en que se eligió al hombre que debía asesinarme.

—Ah, ya lo recuerdo —contestó Kelty con indiferencia. Se acercó al joven y le puso en la mano un vaso en el que tintineaban dos cubitos de hielo—. La verdad es que Unger tuvo muy mala suerte —añadió.

—Sí, la competencia es muy fuerte.

—¿Ha dicho competencia, Bill?

—Antes mencionó unos documentos. No es usted el único que los busca, Jackson Kelty.

El sujeto se recostó contra el borde de la mesa, con un vaso en una mano y el otro cruzado sobre el pecho.

—¿Qué sabe sobre el particular, Bill?

—Los documentos están en poder de su legítimo propietario, quien ha obtenido varios juegos de fotocopias, uno de los cuales guarda su abogado. Los otros están en cajas de seguridad de distintos Bancos. El original, en fin, ha sido enviado a la Oficina de Patentes.

Kelty suspiró.

—Lamentablemente, hemos perdido el tiempo —dijo—. He de reconocer que actuamos mal y a destiempo; de otro modo, la presa no se nos habría escapado.

—¿Querían tener todos los documentos juntos?

—Conseguimos una copia, pero un experto nos dijo que faltaba la pieza clave. No pudimos encontrarla, Bill.

Ransome ocultó una sonrisa con el vaso que llevó a sus labios.

—Estaba muy bien guardada —dijo, después de un trago.

—Aunque ya resulte tarde, ¿puedo saber dónde estaba el documento que completaba los trabajos de Turple?

—Lo tenía Norton Cawnbore en su caja fuerte.

—¿Se lo dijo él?

Ransome hizo un gesto ambiguo.

—Más o menos —contestó.

Kelty le contempló con admiración.

—¿Cómo lo supo? —preguntó.

—Husmeando aquí y allá... En fin, lo supe y eso es suficiente.

—Luego, supongo, contrataría los servicios de Chick Foran.

«No da una en el blanco», pensó el joven divertidamente.

—Me recomendó a otro colega —mintió,

—¿Quién, si no le importa decírmelo?

—Oh, sólo sé que se llamaba Joe. No me interesó su apellido. Le pagué quinientos «pavos», hizo el trabajo y ya no he vuelto a verle.

Kelty hizo un movimiento de pesar con la cabeza.

—Hemos fracasado miserablemente —confesó—. Podíamos haber ganado una fortuna con esos documentos, pero sufrimos serios

contratiempos y todas nuestras esperanzas se han convertido en humo.

—Diríase que alguien les contrató para robarlos, ¿no?

—Pero no le voy a revelar su identidad —sonrió Kelty.

Ransome se retrepó en el sillón y cruzó las piernas.

—Es curioso —dijo—. Los informes que tengo de usted hablan de sus varios negocios, tales como drogas, prostitución, juego... pero nunca me dijeron que se dedicase al tráfico de documentos industriales.

—La variación en las actividades cotidianas es siempre deseable y estimulante —sonrió Kelty.

—Ciertas actividades se denominan espionaje industrial. El acusado puede pagar sus acciones con una severa pena de cárcel.

—Lo sabía, pero la cifra ofrecida era hartamente tentadora.

—Y se sintió débil, claro.

—Suele decirse que todo hombre tiene un precio. ¿Por qué iba a ser yo la excepción a la regla?

—Esa regla tiene más excepciones de las que usted cree, pero no discutiremos de cifras, Jackson, en cierta ocasión, usó usted una baraja para que alguien sacara el as de «pique», el as que significa la muerte. Unger fue el «afortunado» en el sorteo, pero alguien impidió que cumpliera su parte del trato.

—Lo sé. Lamenté muchísimo su muerte. Unger había sido siempre un buen amigo.

—¿Quién lo asesinó?

Kelty sonrió enigmáticamente.

—Deje eso de mi cuenta, Bill —contestó—. A usted sólo debe interesarle una cosa: puede irse tranquilamente. Le aseguro que no le van a molestar más, y no es una afirmación vana, créame.

—No sé cómo expresarle mi infinita gratitud. Pero, de todas formas, espero no volver a verle en mi vida.

—Eso es algo que no se puede asegurar de un modo rotundo, Bill. Celebro mucho haberle conocido.

—Me gustaría poder decir lo mismo —se despidió Ransome.

Cuando salió del apartamento, no podía aún creer en su buena suerte. Respiró aliviado, pero diciéndose que aún tenía algo que hacer y era lo más importante de todo.

Ignorante de lo que sucedía a su espalda, buscó una cabina telefónica. En aquel momento, Kelty reunía a sus secuaces.

—Vamos a seguirlo —dijo lacónicamente.

Ransome habló por teléfono durante unos minutos. Cuando terminó, creía, al fin, haber resuelto el enigma que tanto le había preocupado durante los últimos días.

Por un instante se sintió tentado de llamar a Florrie, pero luego se dijo que no debía consentir que la chica corriese riesgos innecesarios y desistió de su idea. Pronto encontró un taxi, que le llevó al lugar

deseado.

CAPÍTULO XII

Con el cigarrillo colgado de los labios, contempló la casa, de apariencia relativamente modesta, pero que, no obstante, significaba un nivel de vida bastante alto de su propietario.

El jardín era más bien pequeño y estaba rodeado por una valla baja de madera. Había un garaje en un cobertizo situado al lado del edificio principal, que era de una sola planta, y la puerta, levantada, permitía divisar un coche que él había visto en más de una ocasión.

Estaba en un lugar discreto y sabía que no podía ser visto. La casa, supuso, debía de tener una puerta posterior. Consultó el reloj; eran escasamente las doce del mediodía.

Siguió andando, pero, apenas había recorrido cien metros, dio media vuelta, buscando la trasera de la casa. No perdió tiempo en estudiar el terreno; saltó la valla y avanzó hacia la puerta que veía entreabierta.

Cuando llegaba, vio a un hombre que entraba en la cocina, pieza a la que daba la puerta. El sujeto quedó de espaldas, trasteando en una alacena, sin darse cuenta de su presencia.

Unos segundos más tarde, pareció notar que ya no estaba solo, pero ya era demasiado tarde. Un puño se abatió fuertemente contra su nuca y sus rodillas se doblaron en el acto. Ransome tuvo tiempo de recogerlo en brazos, a fin de evitar que hiciera ruido.

Luego salió de la cocina, pisando de puntillas, y alcanzó una espaciosa sala, en la que había un hombre, sentado en un butacón, examinando atentamente unos documentos que parecían tener gran importancia para él. Lo hacía solamente con la mano derecha, mientras que la izquierda descansaba sobre su rodilla.

Ransome cruzó el umbral, quedándose, sin embargo, a un paso de la puerta. El sujeto no parecía haberse percatado de su presencia y carraspeó ligeramente.

—¿Traes el café, Archie?

—Lo siento. La cocina no funciona.

El hombre oyó aquella voz y se puso rígido instantáneamente. Sin volver la cabeza, dijo:

—Presiento que está aquí el sobrino del todopoderoso Norton Cawnbore. ¿Me equivoco?

—Acierta usted, William Ransome, conocido también por el diminutivo del nombre, exactamente igual al mío —contestó el joven.

—Al fin lo ha averiguado, ¿eh?

—Trabaje me costó, porque no podía imaginarme que existiese una persona con nombre y apellido idénticos al mío. Un oscuro empleado de la empresa Cawnbore, pero, no obstante, situado en un puesto de gran importancia, como son los archivos, que le permitían enterarse de numerosas cosas. Por ejemplo, podía saber ciertos datos con

anticipación y entonces hacer jugadas de Bolsa, con lo que empezó a ganar dinero. Las cantidades invertidas no eran muy grandes, pero sí lo suficiente para despertar su codicia y decidir que debía aprovecharse de su puesto para vender secretos a la competencia. Lo malo es que le descubrieron pronto y lo pusieron de patitas en la calle, aunque ya se había enterado de las investigaciones de Richard Turple y conocía la situación del caso. Podía ganar una verdadera fortuna, pero le faltaban algunos documentos y ya no pudo conseguirlos. ¿He dicho algo incierto, señor Ransome?

—Todo es cierto —confirmó el aludido, sin moverse de su postura—. Bill, ¿ha hablado con su tío?

—Sí. Él ha corroborado lo que yo sospeché demasiado tarde. Conocía su caso, naturalmente, pero usted estaba en otra división de la empresa y jamás nos habíamos visto ni menos tenido contacto alguno. Por supuesto, nunca supe de su existencia, ni mi tío le mencionó a usted en ningún momento. Para ciertas cosas era bastante reservado y lo que usted había hecho le parecía un fracaso personal, del que no se sentía precisamente orgulloso.

—Me contrató personalmente hace años, pero luego pareció olvidarse de mí y me relegó a aquel oscuro puesto, del que no había manera de salir. Algo tenía que hacer para subir más alto, ¿no le parece?

—¿Creía conseguirlo a base de asesinatos?

—Algunos se quedaron en el camino —dijo Ransome con indiferencia—. No podía permitir que estorbaran mis planes.

—En los cuales entraban, como pieza principal, los documentos de la patente de Turple. ¿Tenía ya comprador?

—Sí, pero desapareció de la escena, apenas empezaron a complicarse las cosas. ¿Sabe?, he perdido medio millón de dólares por causa de una chica tonta...

—Yo no diría que la señorita Turple es tonta, precisamente —alegó el joven—. Pero usted, lógicamente, se siente despechado por el fracaso. Bill, ¿sabe que Kelty anda tras sus pasos?

El sujeto se echó a reír.

—¡Pobre idiota! Me ayudó mucho al principio, pero luego tuve que darle de lado. No comprendía que sus métodos eran anticuados y que yo no podía tenerle como socio.

—Los métodos de usted no son mejores, Bill.

—Yo no me refería a asuntos de negocios. Él quería tener una parte importante y eso no me convenía en absoluto.

—Por eso le traicionó, ¿verdad?

—Le di de lado, que no es lo mismo.

—Es curioso —dijo el joven—. Por lo visto, Kelty había hablado con usted en numerosas ocasiones, pero sólo él le conocía. Ninguno de sus compinches le había visto y únicamente habían oído su nombre. Kelty,

a lo que parece, se entrevistaba con usted y sin testigos.

—Así era, Bill. Siento que la coincidencia de nombres le haya traído tantos contratiempos, pero ahora que ya está aclarado el asunto...

—Ah, piensa que las cosas van a seguir como están. Usted ha perdido una bonita suma de dinero por no poder vender los documentos de Turple y eso es todo. No le importan los muertos que ha dejado en el camino...

—Era una especie de guerra. Hubo bajas, simplemente.

—Porque usted sabía que Kelty le buscaba y quería disuadirle de su empeño, ¿no es así?

—Además, todavía abrigaba esperanzas de conseguir los documentos, que es lo mismo que quería Kelty. Supongo que sabe comprenderlo.

—Oh, sí, desde luego, pero Baystone... Tenía entendido que era amigo suyo. Les vieron hablando juntos en alguna ocasión...

—Hizo algunos trabajos para mí, pero luego quiso más dinero. Mis fondos no son precisamente los de su tío. Amenazó con decírselo a Kelty y... ¿Lo entiende?

—Claro. Como suele decirse, cuando no se puede pagar con billetes, se paga con plomo.

—Son los riesgos del oficio, muchacho. Y ahora, ¿qué piensa hacer?

—Por desgracia, no tengo pruebas contra usted, de modo que es posible que salga con bien del asunto. Es decir, si no ocurre algo imprevisto.

—¿Qué puede ocurrir, por ejemplo?

—Los hombres de Kelty andaban detrás de mí, primero porque yo les escuché el sorteo que hicieron para elegir el que había de matar a Bill Ransome. Luego se enteraron de que yo tengo ese nombre y siguieron buscándome. Pero al fin se ha enterado de que yo no soy el Ransome a quien buscaba con tanto ahínco para tomarse el desquite por lo que él consideraba traición.

El cuerpo de Ransome sufrió una fuerte sacudida.

—¿Es cierto eso que acaba de decir?

—Bill, no tengo interés en engañarle. Kelty decidió que uno de los de su grupo debía acabar con usted, y para ello efectuó un sorteo, de modo que el que sacase el as de «pique» sería encargado de matarle. El «agraciado» fue Unger, pero usted lo eliminó antes, aunque eso no quiere decir que Kelty haya renunciado a sus proyectos.

—Nunca debí mezclarme con un hampón —dijo Ransome furiosamente—, Pero en los primeros tiempos, necesitaba dinero... Había gastado ya el que obtuve en las jugadas de Bolsa...

—Fueron bastantes miles de dólares —manifestó el joven, sorprendido—.

—¿Cómo pudo derrocharlos en un tiempo relativamente corto?

Con la mano derecha, Ransome alzó la otra.

—Los médicos —contestó, malhumoradamente—, Ninguno acertaba a

devolverme el juego de la mano; sólo sabían presentar facturas y más facturas, a cambio, algunos de ellos, de simples aspirinas...

—Lo siento. Pero eso no es culpa mía ni de mi tío, creo. En fin, me parece que ya no tenemos nada más que decirnos, señor Ransome. No volveremos a vernos, espero.

De pronto, el joven oyó ruido a sus espaldas. Con gesto muy rápido, cerró la puerta con tremenda violencia, golpeando a alguien, que emitió un rugido de dolor, a la vez que caía de espaldas.

—Dígales a sus matones que me dejen en paz —exclamó el joven.

—Hablaré con ellos, aunque uno ha salido... ¿Le sorprendió usted?

—Sí, pero no le maté, como ha podido comprobar.

Súbitamente, Ransome vio algo a través de las ventanas de la sala y dio un paso hacia atrás, para emprender una prudente retirada. La puerta volvió a abrirse y el sujeto a quien había derribado por dos veces, apareció, con un pañuelo sobre la nariz, mirándole aviesamente.

—Entre —invitó—. Su jefe va a necesitarle.

El pistolero, desconcertado, avanzó unos pasos. Kelty ganó el pasillo y cerró la puerta discretamente.

Segundos después, oyó el estallido de maderas que saltaban por los aires. Ransome se imaginó lo que acababa de suceder.

Vyle acababa de echar la puerta abajo. Kelty entró tras él, vociferando como un energúmeno.

—¡Al fin te he encontrado, maldito traidor...!

Kelty no pudo completar la frase. Sentado como estaba, el otro Ransome había sacado una pistola y disparó varias veces seguidas, derribándolo al suelo fulminado.

El pistolero disparó también. Vyle se tambaleó, pero no cayó. Su compañero, el de la cara picada de viruelas, utilizó el revólver que había llevado consigo.

Ransome oyó el tiroteo, resguardado tras la puerta. Oyó alaridos y gritos de agonía, mezclados con las detonaciones, y se estremeció. Era una verdadera matanza.

El otro Ransome quedó en su sillón, con la cabeza doblada sobre el pecho, del que brotaba la sangre a torrentes. Su pistolero se desplomó, con un balazo en la frente.

Vyle cayó asimismo. El de la cara picada de viruelas resultó solamente herido y huyó, tambaleándose, pero el chófer del coche que les había llevado allí, juzgó más oportuno escapar del lugar de la escena y lo dejó en medio de la calle, abandonado a su suerte.

Ransome abrió la puerta unos instantes. La sala olía espantosamente a pólvora quemada. Había manchas de sangre por todas partes.

—Esto parece un degolladero —murmuró.

Luego, con gran prudencia, emprendió la retirada por el mismo

camino que había seguido a la llegada.

—Creo que, al fin, todos sacaron el as de «pique» —se dijo.

Lo primero que pensó a continuación fue en ver a Florrie, pero rectificó de inmediato. Tenía que contar a la policía cuanto sabía del caso.

* * *

Richard Turple entró en su casa, con el periódico en la mano, y lo arrojó despreocupadamente sobre el diván. Florrie apareció casi en el acto.

—¿Alguna noticia, papá?

—Todo marcha bien, hija. Voy a lavarme las manos; luego cenaremos, si te parece.

—La cena estará lista dentro de un cuarto de hora —anunció la muchacha.

Vio el periódico y, atraída por la curiosidad, se acercó para hojearlo un poco. Entonces vio algo que casi la hizo desmayarse.

Las piernas le flaquearon y tuvo que apoyarse en una consola, para no caer al suelo.

—Dios mío... No es posible... Bill ha muerto...

Las lágrimas afloraron en abundancia a sus ojos. El periódico cayó al suelo.

—Bill, Bill... ¿por qué has tenido que morir?

Alguien se le acercó, la abrazó afectuosamente y le dio unas palmaditas en la espalda.

—Vamos, vamos, no te aflijas, Florrie...

—¡Papá, Bill ha muerto! —gimió ella, con la vista cegada por el llanto

—. Ya no le veré nunca más...

—¿Estás segura, Florrie?

Hubo un momento de silencio. El cuerpo de la muchacha se atiesó. Alzó la vista y, de repente, asestó una fuerte bofetada al hombre que la tenía en brazos.

—¡Caramba, vaya manera de agradecerle a uno que venga a decir que se encuentra bien! —exclamó Ransome, enojado.

—¡Tonto, estúpido! —le apostrofó ella—. Eso ocurrió después de mediodía y tú has tardado nada menos que seis horas en venir a verme...

—No pude hacerlo antes. La policía me entretuvo más de lo previsto.

—¡Pero el periódico dice que Bill Ransome ha muerto a balazos!

—Era otro, que se llamaba como yo. Tampoco lo sabía, ¿comprendes?

—¿Otro Bill Ransome? —dijo ella, estupefacta.

—Así es, por raro que pueda parecerte. Pero ya te lo explicaré más adelante con todo detalle. Y, si quieres saber verdad, me alegro de que en esta ocasión no vinieras conmigo, porque podías haber sufrido

daños muy graves o tal vez habrías muerto. Repito, ya te lo contaré luego. Ahora quiero que me digas una cosa.

—¿Sí, Bill?

—Esa bofetada que acabas de darme, ¿tiene algo que ver con el cariño?

Florrie se sonrojó vivamente.

—Bueno, ha sido una especie de reacción... Si lo hubiera sabido, no habría hecho nada, claro.

—Eso significa que me quieres.

—Bill, Bill, tú vas a decirme algo y estás tardando demasiado —exclamó ella alegremente.

El joven sonrió.

—Entonces, consientes en que sea tu domador... para toda la vida, naturalmente.

—Creo que nos vamos a domar recíprocamente —rió la muchacha.

—Sí, de eso no me cabe la menor duda. Por cierto, aún no sé qué es eso tan importante que descubrió tu padre, aunque, ¡qué demonios importa en estos momentos! ¿No te parece, Florrie?

Ella se colgó de su cuello.

—No he encontrado a mi domador, he encontrado a mi hombre —declaró apasionadamente.

Ransome se inclinó para besarla, pero antes dijo:

—Algunos sacaron el as de «pique». Yo he sacado el as de corazones.

F I N

Índice

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII